

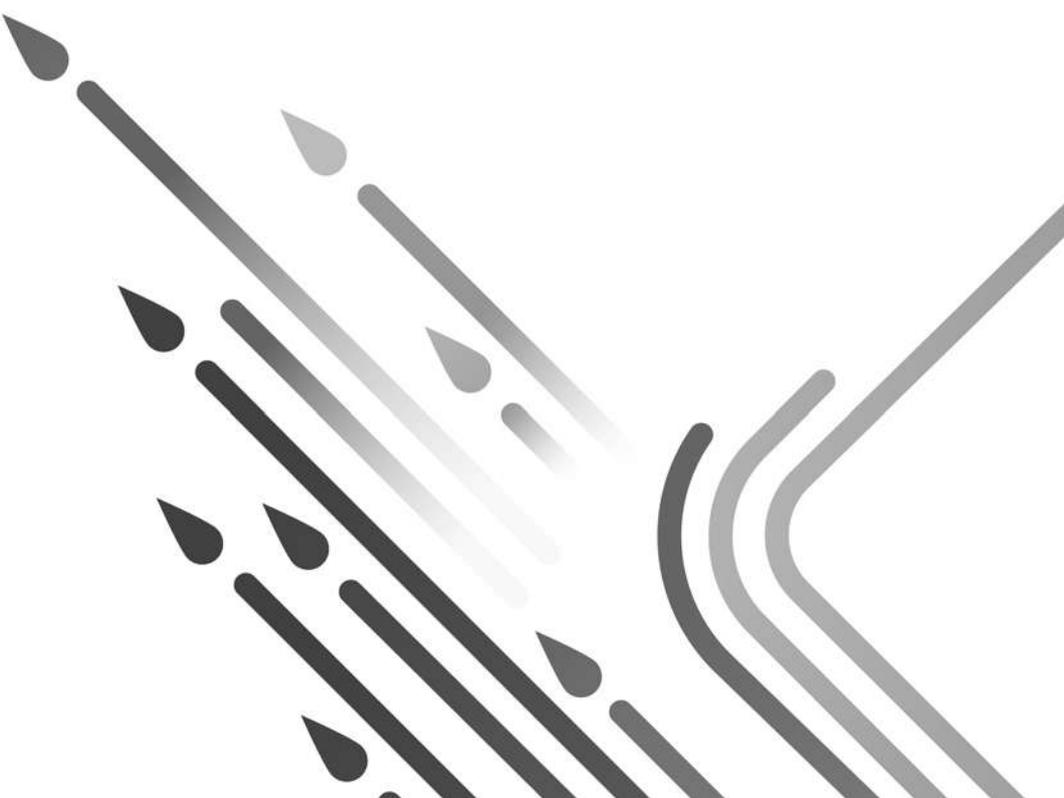


Papeles de ocio Poesía reunida (1982-2022)

JULIO VALDERREY


ELPERRO
yLARANA

poesía



Papeles de ocio

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Julio Valderrey

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección:

Luis Lacave

Diseño y diagramación:

Ennio Tucci

Imagen de portada:

Detalle de la obra Tokyo de Pedro Vallenilla Echevarría

Hecho el Depósito de Ley

ISBN:978-980-14-5290-4

DL: DC2023000768

Papeles de ocio

(POESÍA REUNIDA 1982 - 2022)

JULIO VALDERREY



NOTA EDITORIAL

La presente selección reúne gran parte de la obra poética de Julio Valderrey, si bien no abarca la totalidad de la misma. Desde su primer libro *Greda* (1982), el poeta ha venido cimentando una obra que constituye un referente fundamental dentro de la poesía venezolana contemporánea. Con la publicación de *Papeles de ocio* (1986), *El corazón está seco* (1993) y *Libro de Vida* (1993), la voz poética de Valderrey se consolida como una de las más representativas de finales del siglo xx en el país.

Además de los libros mencionados, esta edición incluye las obras *El canto ebrio* (2003), *Los días perdidos* (2004) y *Ruidos del iniciado* (2009), así como poemas inéditos o aparecidos en publicaciones periódicas. La selección, revisión y corrección de la totalidad del texto ha estado a cargo del propio autor, por lo que se puede considerar con propiedad la presente como la edición definitiva de las obras incluidas.

LOS DÍAS PERDIDOS
(2004)

TIERRA DEJADA

*—Yo no me fui, le dices.
Nadie se marcha de sí mismo.*

RODOLFO MOLEIRO

Sólo el río,
la broza olvidada
en la orilla,
el árbol mutilado,
la vida,
el amor,
la roca fangosa,
la reliquia
de los objetos,
el lodo,
las piedras,

eso.

Arriba el sol.

Abajo el hombre.

Es confuso el brillo
de las piedras
donde se elevan
las oraciones
de la tierra dejada.

De quién es la miseria,
estos harapos,
el vacío del abandono,
el camino desecho
por el polvo.

Basta recorrer las orillas,
los árboles sometidos
al imperio del tiempo,
a la tregua de la raíz
que no dará flores ni frutos,
las caídas en el lodo,
el rumbo labrado
por las almas en la noche,
lo borrado en manuscritos
de la soledad, algo del olvido
y de lo amado.

Es despedir
a los amigos
ver un árbol secarse,
no tener otro cielo,
no tomar otra copa.
No habrá un ave
posada en sus ramas.
Estuvo en la mirada
del sol, tampoco hay
nieve en su dolor,
no hay víspera
que celebrar.
Es un grito lejos,
borrado.

Si quiebro sus ramas
y elimino su semilla,
su destino.

Si hago oscuro
su sueño
y amargas sus raíces
no tendrá hojas
y borro las huellas
de Dios.

Metó en la aljaba
lo recogido en el bosque.

Mi camino es incierto.

Rastros dejados
por alguien
me guían al final
del recodo.

No hay aves cantando.

Algunas hojas secas
que mueve el viento
son la memoria.

El árbol nace
sobre la piedra.
Es la nostalgia, el barro
endurecido, el silencio
de un cuerpo que ve
al cielo sin rencor.
¿Acaso fue el sol
quien abrió las grietas
y secó la rama
y puso otro paisaje
en mis ojos?

El río que me lleva
no es mi último río,
menos mi último nombre.
Otoño no es agua ausente,
es mi cuerpo errante
quien se traslada,
mis ojos quienes ven
la sequedad, los árboles
como barcos abandonados
que dejan sus valijas,
sus hojas atadas a la tierra.

Somos la ceniza del árbol
que puso los pies en el verano
y se hizo música dolida
bajo el sol, chamiza quemada.
Es un árbol el fuego,
la raíz de la palabra,
mis calles olvidadas.
Es seco el retoño.
Somos la sombra
de la ceniza.

Somos la casa y el río,
la piedra y el muro
con viejas luces en el cuerpo.
No tienen un reino,
sólo ecos en la noche
donde revolotea el tiempo
y se oye el canto
de los grillos.

El agua está en la tierra,
se hace barro, diosa.
Va sobre las grietas del sol
que mienten.
Sus ojos rozan el fulgor
de las piedras.
Es exacto su tamaño,
exacta la piedad de la madera
la de las hormigas
en su camino.
Los colores que forman son viajes
hacia la inocencia, naves
que tiemblan en nuestros ojos
tocadas por el viento.
Es el triunfo de los árboles
a la orilla del río,
de las montañas que se elevan
sobre mi cuerpo.

Fueron fieles a la sequía
vieron la hierba quemada,
los grillos, el río
que no tuvieron.
No lloraron sus hojas,
se aferraron a los bueyes,
temblaron dispersos
en el paisaje quemado.
No vieron su estatura
ni sintieron su savia.
Pudieron haber nacido
en otras casas, en otras
tierras también resacas.
Fueron amargos los tragos
de sed, su sombra.
Las huellas del tordo.

Conocí otros pueblos,
gente extraña,
otros olores.

Dónde estaba la morada
que los confundió
y levantó sus almas, los árboles,
la nieve que tenían dormida
y desató la bestia de sus tierras.

Todo lo tienen —dije—,
como los ríos o los bosques,

como la fuerza del sueño
trajeron sus crecidas,
sus olores en el viento de la mañana,
los colores pintados
en el verano,
sus vidas para dejarlas en la tierra.

Vi los espejos,
el rumbo de sus soles.
Los vi borrados
sobre los árboles
próximos a mi cuerpo.
De allí olía las hojas
que el viento llevaba,
lo iluminado, la flor
con olor a despedida,
en el fondo de una región
arrasada por el amanecer,
señalada por los árboles
caídos en el sueño
y el agua seguía su curso
y me dije:
—Todo se transforma
en este reino inútil.

Mi oscuridad es tierra.
Se devuelve al lugar perfecto
sueños en la catástrofe.

Llevan una voz a los umbrales
a las jaurías
donde los hombres
son trocados en niebla
años que estremece el viento
llevan el olvido
tocando los estigmas el polvo
formado por la palabra
son visiones la tierra
que me cubre
humo mis voces
cargadas de osarios
piedras que vuelven
al origen.

Este paisaje no está
contra la vida.
Algunas casas caídas
aguardan vientos
que pasaron sobre
el ojo del sol.
Sus grietas se unen
a la tierra donde escarban
los viejos caballos
un canto desolado
cubierto
de escombros.

La voz árida me dio
el silencio, el pasto quemado,
el fuego del paisaje.
Mi carne contempla
la sangre verde, a quienes
conversan bajo los árboles
y descienden hacia sí mismos,
el muro formado por sus soles,
el polvo, la huida de sus insectos,
la hilera de hojas, su perfume,
lo árido que está sobre la piedra,
en el horizonte
y ve la tierra arder.

Tierra dejada,

distancia de leños arrasados,

visión efímera,

nada quedó del árbol
que me llevaba.

Todo castillos de arena,
desmoronados,

sin viento.

Soy de otra tierra
con otro sol
y otras casas iguales.
Son muchas las tapias
caídas, lejos,
en otro pueblo.
Allí también, inclementes,
las hojas se aferran
a la primavera
y pasan.

LOS DÍAS PERDIDOS
(poema)

*no me importo
porque yo no soy
un hecho de importancia*

REYNALDO PÉREZ SÓ

*Los condenados
mandan mensajes conmigo.*

RAFAEL CADENAS

Nace inocente
sobre la piedra.

Se borra
en la aridez,
en la llama húmeda,

en la prisión del poema.

Somos pasajeros

leves.

Estamos hechos
de palabras.

Me descubrí.

Arrastré mi voz
frente al espejo.

Vi a quienes litigaban
en lo oscuro

al otro lado del hombre.

Para qué insistir.

He honrado lo inútil.
Jamás he ganado un pedazo
de pan con mi sudor.

Tampoco el país lanzará
un lirio en mi tumba.

Nada tendrá que agradecerme.

Supe de los iniciados
que transmitían la desesperanza.

Borré mi nombre de actas
que no contenían ningún secreto.

Di la espalda al reflejarme
en el espejo para no mostrar
secretos del oráculo.

Escribí el libro
que me podía condenar.

Mis flores fueron plásticas
y quise un refugio en la noche.
Jamás pensé llegar a ninguna parte.
Nada puse en su espacio
tampoco llamé los objetos por su nombre.
Me sentí inútil al querer regar la espina.
Pude tener un solo significado
tocar el trébol de cuatro hojas
la cizaña.
Fueron los poetas
quienes me desviaron del camino.

Me negué a la apuesta
y abandonamos la suerte.
Desaté el nudo.
No vi el libro donde estaba
escrito el nombre de los perdedores.
Tampoco traje sal,
pan para nuestros huéspedes.
Sólo tenía la esfinge del señalado,
lo perdido al no arriesgar.

Caer más temprano
sobre nuestros ojos.
Abrir el leño
que arde en los bosques.
Unir el vacío no el fuego
del abandono.
Lamer la tierra
que nos une.
Ser la sombra,
no la causa de la sombra.
Olvidar la gruta
el signo que nos trajo.

No dejar nada.

Hemos cruzado el jardín
el desierto legado por la sangre.

Bajamos con el bostezo
en el destino
para no ir a ninguna parte
y ser inmutables.

Sé que estamos perdidos.
No hay palabra para el rescate.

Nada queda cerca
todo tiene la distancia
de la mirada
de lo que nunca encontramos.

Déjanos a nuestra suerte
no nos marques el camino.

Observa, no olvides,
somos de la misma materia
estamos hechos
con la broza de la tierra.

Nunca fuimos lo que quisimos ser.

No nos pongas a ver hacia el muro.

Nada te pedimos.
Deja, nosotros quemaremos
estos papeles
seremos olvidados.

No fui elegido
por el hilo del mago
no vi la señal
que autorizaba mi riesgo
al mostrar sólo las hojas, raíces,
palabras, nombres, tapias caídas,
agua en el cuenco de nuestras manos,
también un bosque, labios queriendo
musitar un adiós, la puerta
por donde salimos

sin saber.

Quise corregirme
en la aventura pero no hubo
un pedazo de pan sobre la mesa.

No supe del avío
llevado para la jornada.

No probé el agua
que salpicaba al llover.

Desprecié alhajas
que me fueron legadas.

Tampoco comimos en su plato
ni contamos las monedas
que nos pagaron por la farsa.

Era lejano
lo que buscábamos:
eran hierbas,
repetir el llanto,
adorar la esfinge,
tocar nuestra piel,
estar juntos
con otros aromas,
otra tierra

no este desamparo.

Aquí esperé.
Aquí me desgasté.

Todo fue ardor,
desnudez bajo el sol.

Fueron vanos los movimientos
el ir y venir
tratando
de descifrar el contenido
de los días perdidos.

Nada encontramos:
ni las copas
que abrieron el camino
ni los puñales que doblaron
nuestros cuerpos
tampoco una estación
para el adiós
menos barcos plegados
a la orilla.

Acaso una pupila venida
de la noche,

abandonada en el frío.

He visto
la flor seca,
la botella rota,
el labio olvidado,

el sol quemando
nuestra piel

todo
al final del camino.

Mi signo
no era del zodiaco
y creí en el amuleto
que hice para mí
no en el epitafio
del destino.

Mi riqueza fue
el tiempo que perdí.

No hubo vacío al despedirme.
Nadie vio mis gestos,
el movimiento de mis manos,
el rito de señalar hacia atrás,
la forma de decir adiós.

No tuve un aliado
que esculpiera mi rostro.

Apenas vieron la letra
el símbolo gastado que yo era.

Era ceniza la fortaleza
de mis huesos
y cedí al empuje
del oleaje
en la carta arcana.

Fue vana la predicción
y no quise otra oportunidad.

Nos abrigamos con el tiempo
sin conocer la llegada
ni la partida.

Fuimos torpes
al hablar de nosotros
al cerrar los ojos
frente al muro
al fingir en el lecho.

Nadie nos vio asomados
a la ventana
nadie sospechó de los pasos
del reo bajo la luna.

Fue inútil, sentí amargos
los granos de sal sobre mi boca
y oí los goznes al cerrar la puerta.
No hubo un sueño llevado dentro
que fuera para siempre.
Sólo vivimos humo a través
de cristales, piedras
tropezando nuestros huesos
algunos rastros
de la tierra escarbada.

En la oscuridad
reparto en mí la miseria
del botín extraído
a mis días.

Fui desorientado al leer el libro
que me escribí yo mismo.

Caí en la celada
que había evadido
para engañar al destino.

No pude descifrar el espejo
donde nos veíamos
la maraña construida
con palabras de otros

Espero al reo.

Duermen sus pecados.

El sol cubre los muros
y la vigilia se esconde.

Un canto despierta
el dolor sobre las redes.

La noche hace su morada
y el tiempo celebra
en las miserias del hombre.

No bajamos.

No lamimos la mano
del huésped.

Entregamos la carta
de la semilla no nacida
develamos la mentira
ofrecida en libros heredados
las pisadas, la herida
cuando pedíamos el pan,
la memoria
de lo nunca anhelado

algo del desprecio.

Acuérdate, este adiós duele
esta forma inútil de negarnos.

Para hablar de ausencias
debemos estar presentes.

No estás igual,
algo has perdido.
Necesitas luz bajo la lámpara,
alguien que vaya contigo.

Reuní lo amargo en el libro
de los perdedores.
Dejamos todo escrito:
la parte del llanto, lo pútrido
del grito, lo desolado,
la memoria de los pasos
cada vez más cortos, la del oro
rechazado en las noches
algo de las puertas
que no fueron abiertas ni tocadas
espejos hechos para ver nuestra sombra
algunas palabras sin contenido.

Si vuelvo
nadie me hablará de las hojas.

Quizá no haya niebla
sino párpados dormidos
bajo la tierra.

En el cuerpo olvidado
quizás no haya viento
y nadie me reconozca

si vuelvo.

Queda de la vida
un montón de hojas secas
palabras y páginas
en blanco
veredas recorridas
en silencio
la arena de nuestro
oficio
algún lugar en la tierra
para morir.

ALTO OLVIDO

Yo sé que tú estás esperándome detrás de la lluvia

CARLOS OQUENDO DE AMAT

Hablo de ti esta noche.
No debiste poseer esa forma de locura
ni ser el sueño de los objetos abandonados.
Acuérdate, estás en la memoria
que lame su miseria en el cesto de lo sagrado.

Traje hacia ti lo perdido.
Hice el camino a lo largo de esta ciudad.
Quise la esperanza en la multitud,
limpiar el rostro, el polvo de las cosas
para que nada se oculte o desaparezca
al pasar la vigilia.

Te ofrecí irnos al atardecer,
tocar el piano, pero te ocupaste
de amar en la soledad, ebria,
como salida de la nada.

Hoy nadie debe corregirte.
Hemos recibido un collage hecho de amaneceres
la poesía suelta por las calles
y la señal engañosa de este sanatorio.

BAJO EL SOL

Solía pensar
mi sueño
el engaño sobre la tierra
sus culpas más inocentes
el goce del viaje
el código el castigo
tu cuerpo de retorno a la memoria
a la madera cortada
como muerte
hecha vida
o decir corta fue la felicidad
o hablar sin decir
o decir sin hablar
en el poema
íntimos nosotros
el abrigo de lo perdido
no me pertenece
sólo el sol tuyo el viento
de los ebrios las locas cervezas
del amanecer
la soledad del mediodía
o el crepúsculo
acompañado de nubes
bajo el sol amoroso
del desierto de esta ciudad
en el corazón
con el mismo frío
y los mismo siglos
y algunas aves que fluyen
sobre los árboles

el sueño de la cuesta labrada
en la barra del bar solo
recordándote en la humareda
de un mediodía
 amanecido.

ALTO OLVIDO

Busqué la hoja blanca para tu cuerpo
existente en la tierra
árida, bajo el sol inclemente
de abril.

No existe la casa del estanque
donde se disolvió la imagen del café,
la suela del zapato,
el pasto que me comía, el sudor
que llevabas, perdida
en la huida de la plaza,
aún lo recuerdo

recuerdo tu cuerpo

desorientado en la noche

ebria y desnuda, el aroma

el ala negra de los espantos

buscando el norte frente a la estrella
el ojo, la flor esfumándose
sólo tú, la niebla, la melancolía
brasa en la herida
mis manos en los bolsillos
y camino hasta el fondo
y subo y aparco
en la mitad del sueño
y te digo

si no sabemos esperar en la penumbra
donde hemos estado guarecido
si no tocamos la hierba que nos trajo
la ciudad que nos hizo
el sonido de los caracoles
bajo el mar lamido por los amantes
del mar
estaremos perdidos.

Me duele este arrebató, tu despedida
amiga de la noche
y de quien perdió para siempre
en el poema

en el crujido de las hojas secas
en la lluvia
en el recuerdo del camino
el amor solo
en tus ojos
sobre los acantilados
en las piedras desgastadas
como esta donde estoy sentado
escribiéndote
te digo que vendrá el amanecer
que vendrá para quienes
andamos
en la penumbra
en el sorteo misterioso
del encuentro entre quienes
se vieron bajo la lámpara
en la oscuridad del bar
por la calle donde me sigue
tu sombra

y la sombra que soy.

||

Estarás frente al espejo
recordándome
o recordando la erosión, el tiempo
que martirizaba largamente las piedras
con esa quietud de quien ve hacia atrás
y ve las sobras que fueron vencidas
y rechazadas
todo este tiempo
cuando revisamos las hojas
escritas en tu ausencia
ese mundo confiscado
a las explicaciones del sueño.

Extraño la tarde
el umbral húmedo por donde
pasábamos ligeros desnudos a la hoja
con esa vieja costumbre de la cerveza
y la dictadura del verbo
sobre nuestras vidas.

Extraño el hambre
y la vieja ceremonia de los ebrios,
la trampa por la que decidí
quedarme con la poesía
la respiración cargada de humo
por las noches
esa locura del hombre
de la ciudad
que olvida sus muertos.

Sé que nos abandonamos
y dejamos las frutas
sobre la mesa
también el agua y la jarra
ciertos trapos tirados
en el cesto
acaso un nunca más sobre
esta hoja en esta hora
de la madrugada.

CANCIÓN INÚTIL

En algún lugar del país está la mujer que amé
la que me dijo no una tarde y me fui suicida y melancólico
como Van Gogh caminando sonámbulo por la ciudad
sediento y hambriento hasta llegar la noche.

En algún lugar de mi casa aguardan los viajeros
siembran sus días cabizbajos duermen en el claustro
yo tomo mi taza de café apago la luz del amanecer
y me marcho oscuro de mañana espanto los perros
tomando las riendas el hilo político y veo en la prensa
los discursos del presidente una dama de la jai divorciada
al actor que se le fueron los sueños
porque terminó la función
algún poeta borracho que amaneció triste
que fue expulsado del juego.

En alguna oficina pública una joven lee Intimidades
algún joven lee las páginas deportivas y sueña
con la muchacha del escritorio de enfrente
muerta Grace Kelly el Country llora más que Europa
pero los que hablaron del triunfo no están locos
y camino por mi calle ciudad Caracas
y pienso en el suicidio de los románticos
en el manifiesto surrealista y en mi pobre América Latina.

En algún lugar del país los pasajeros leen poemas de vida
y muerte y saben que he sido fiel que mis días son esto
escapado del mundo y la que me dijo no una tarde
me tendrá en la mesa de noche como recuerdo
esperando el devenir y me sabrá poeta de mi generación

y tímido y ebrio y amor loco y a veces irrespetuoso como el dolor pero es para que sepas que te amo todavía que soy triste y que hace tiempo entendí que soy leño y ceniza.

LIBRO DE VIDA
(1993)

*Cerca del muelle cuatro no hay esperanzas
Algún café perdido en las maderas
Y una colilla húmeda*

TEÓFILO TORTOLERO

Tú,
la perdida,
mezcla de vida y muerte
en la casa donde dormimos,
infidel al ojo del hombre
muéstranos la ira desde ese país.
Aquello,
lo soñado
en las calles de Ciudad Hazet
fueron batallas,
humo de prisioneros

soldados ebrios en la noche.

DOCUMENTOS RECONSTRUIDOS

Labrel, no te ganarás el pan,
no habrá amor para ti
en las calles de Ciudad Hazet, ni paz, ni sosiego.

Otra será la hazaña a la entrada del camino.

Tuyos serán el fango y la podredumbre,
la risa de los locos y el llanto,
los perros y el hambre.

No habrá laureles para ti más allá de tu casa.

No serás la fiesta en ninguna ciudad.

Tuya es la palabra y el vicio,
lo que sobra de la miseria.

Estrecharás el desaliento, la caída,
el orden donde no hubo amor sino piedras.
La calle donde ningún golpe de dados
pudo romper al azar
que había en el destino.

—Ciudad, te amo
porque repito tu nombre dormido,

porque te escondes
entre vagabundos
trampas y mantos suicidas.

—Ciudad, te amo
porque eres como yo,

impura.

Labrel adoraba la muerte como argumento de vida.
Conoció todas las ciudades antiguas.
Heredó tabernas y burdeles.
Desató la furia de los moribundos,
los mendigos y los locos sobre esta Ciudad.
Aquí venían de vez en cuando los olvidados,
los que fueron rechazados por la vida,
pero en Ciudad Haset formó un linaje cuyos
espectros aún se baten a muerte por las noches.

Labrel fue exiliado de un país lleno de inclemencia.
Durante años anduvo por grandes ciudades.
Conoció el olor de muchos siglos y los desórdenes nocturnos.
Un mar le sirvió de norte y las aves le auguraron días de azar.
Llegó a la Isla donde conoció a una mujer que huía de las leyes
por haber matado a un hombre
que le hizo el amor sin recompensa alguna.
Fue ella quien lo llevó a Ciudad Hazer.
En otros tiempos se había dedicado al contrabando de mujeres,
pero era ya oficio olvidado.
Sus pasiones fueron el amor, los juegos de azar y las bebidas fuertes.
Vivía de labrar fábulas
que le recordaban parte de un dolor ancestral y nostálgico.
Al comienzo fue asolado por olores que salían de tabernas
y hacían su condición de pasajero por la vida,
pero Ciudad Hazer era un pequeño garito
donde se reunían grandes contrabandistas conocidos.
Lo que Labrel nunca supo fue si actuó bien o mal en el amor
y si lo supo lo dejó pasar
porque su corazón era un muelle
donde llegaban y partían barcos.

Algunas aldeas, de las muchas que Labrel conoció,
tenían un toque de silencio y misterio:
restos de civilizaciones que fueron exterminadas
por imperios que quisieron adueñarse
del mundo de los desheredados.
Vestiduras rasgadas, tiradas por las calles
que servían de atuendo a los miserables.
Objetos hechos de un material inexistente
para espantar a los extraños que aparecían en los días de fiesta
a la luz de la luna.

LOS SALONES

Había grandes silencios en lugares
donde se decidían los destinos:
mujeres luciendo trajes salidos del deseo carnal,
desahuciados que venían de legiones míseras
haciendo ofrendas a gobernantes y faraones,
espejos que repetían lenguajes de una realidad,
voces que hablaban del frío,
oro guardado en lugares donde no llegaba la sombra,
la soledad escondida entre máquinas y libros.

Labrel visitaba tabernas y prostíbulos
donde había músicos y se oían canciones
que alegraban el dolor,
cuyas letras hablaban de soledades,
de amores abandonados, de almas solas.
Hubo cuerpos que expandieron un olor conocido
por los insalvables, los que rodaron por el fondo:
damas de grandes ojeras, músicos, cantantes
que hicieron su vida en tabernas y prostíbulos.
Dicen que viajaron en humos y polvos
hacia el centro de su imaginación,
que relacionaron los objetos y los hombres.
Esto fue parte de un mundo desconocido
y despreciado por habitantes
que se consideraron puros en Ciudad Hazet.

Poseído por la lujuria, Labrel entraba cada noche al lugar donde había espectáculos cuyo denominador eran orgías y libaciones realizadas por los dueños de las ciudades (gobernantes y faraones).

Así transcurrió la vida de Labrel en Ciudad Hazer durante muchas generaciones.

Labrel entraba y salía cada vez más derrotado, pero menos mísero que aquellos cuyas vidas ocultaron siempre en baúles polvorientos.

LOS BURDELES

Al entrar al prostíbulo, donde los habitantes
de Ciudad Hazet se vestían de gala,
Labrel encontraba pudorosas mujeres lavando el escenario,
espejos con imágenes de viejos guerreros,
telas de araña como símbolo de viejos puertos,
los dados de la noche, lámparas de aceite
que alumbraban ajados cuerpos,
damas semidesnudas llevando cal entre las manos
como augurio para que los visitantes
estrujaran el rostro en su castidad.

Hubo actores y poetas en Ciudad Hazet,
(maravillas creadas por ojos de dioses ajenos y dementes).
Eran residuos olvidados en lugares donde habitaban
/ grandes máquinas,
ahogados en polvos y licores.
Se reunían en tabernas donde acudían locos,
vagabundos y damas de grandes ojeras.
Desde allí se trasladaba a lugares inhóspitos
ubicados fuera de su corazón, y paseaba largamente
por los Barrios del Sur.

Mendigos, moribundos y locos habitaban aquella Ciudad. Labrel conocía la vida de cada uno y contaba sus historias. Sabía que sólo dos serían expulsados de Ciudad Hazer: el primero, hijo de comerciantes, por haber traficado con los mendrugos de pan que correspondían a los habitantes cada vez que salía la luna. El otro, por haber querido salvarse de la muerte cuando fue dueño de los hombres y los templos.

Llegada la noche, los habitantes se iban
a sus casas por los caminos más largos.
Algunos se reunían tras paredes derruidas
por el paso del tiempo para conversar
otros se quedaban en el camino
y sus ojos daban muestras
de grandes ofuscamientos y odios.
Eran quienes habían pasado la vida
llenando papeles inservibles con signos misteriosos
cuya legibilidad era el símbolo de la nada
puesto en baúles de faraones y gobernantes
que quisieron dominar el tiempo.

LAS ACERAS

En las aceras de la Ciudad, los mendigos,
bebedores infinitos, hablaban de las prisiones
donde fueron hospedados en épocas de adolescente,
de las frutas que comieron, de mujeres amadas
hasta la saciedad, de vidas como de grandes abismos.

Había fugitivos que regresaron
encontrándose ante una legión
de solitarios.

Quienes fueron soldados evocaban episodios
de laberintos y trenes
de algún sueño que ahora parecía parte
de lo inalcanzable.

En altos momentos de ebriedad Labrel participaba en conversaciones con personajes que estaban dentro de él (era la explicación del desastre). Allí toco la materia que cubría a locos y poetas, la cual los unía a seres que estaban a su alrededor. También soportaba el sueño de todas las noches donde participaba en vicios y hechos hasta ahora desconocidos. Esto era alimentado por los días que veía pasar como ráfagas al abrir los ojos. Jamás supo si era allí donde comenzaba o terminaba la vida.

Cada noche, cuando todos dormían,
Labrel salía a recorrer las calles de Ciudad Hazet.
En el camino encontraba mendigos ebrios
que se disputaban mendrugos de pan
por los lados del basurero, locos desvelados
desde su nacimiento que hablaban con su corazón,
guardianes dormidos bajo alguna carreta.
Allí las luces eran opacas,
sin embargo podían verse a la salida
escondidos habitantes que se marchaban,
perros siguiendo las huellas de sus amos.
A veces encontraba, en el camino, mujeres
que se iban desahuciadas por el contacto de la carne.

POÉTICA

En las tabernas de Ciudad Hazet era donde mejor se podía apreciar lo que era la vida de sus habitantes: grandes bodegas de odres vacíos y tirados en los rincones. Gobernantes, locos, mendigos y mujeres dormidas sobre las mesas, botellas semivacías en los expendios, extranjeros ojerosos que hablaban de otras maldiciones. Algún poeta que escribió algo sobre su tiempo y que salía dando tumbos, murmurando el poema en el que había dejado la vida.

De vez en cuando llegaba,
a escondidas, algún desconocido a Ciudad Hazet.
Labrel, que tenía en la memoria el rostro
de cada uno de los habitantes, era el único
en darse cuenta por medio de un rito que celebraba
al caer la noche.
Éste le veía el corazón iluminado o no,
de acuerdo a la gracia que tuvo en vida.
También sabía si el desconocido había sido
algún dios en otras ciudades.

LOS PUERTOS

Hubo puertos donde
los hombres rompían las hojas
sílabas de extrañas dimensiones
mujeres con el secreto
de una belleza
cuyo contenido se perdía
en los espejos.

Llegaban cartas que traían
mensajes y esperanzas
que se borraban
al contacto del viento.

Eran echadas las cartas de la noche
hombres y mujeres salían buscando nutrirse
de piezas, burdeles y bares donde la algarabía
de la música y el choque de los vasos
eran el paisaje de la imaginación
las ramas y el polvo que transportaban al sueño
eran la otra vida o un reino.
Labrel observaba.
Nunca terminaba el viaje.
Eran noches de gran ruido en el corazón
de los locos y las prostitutas
noches de vino, cenizas, castidad y muerte.

Cada dos meses Labrel iba a la estación
para ver el tren que traía a comerciantes
y faraones de ciudades lejanas.
El tren anunciaba su llegada
con recios ruidos de máquinas.
Labrel era rodeado por sobrevivientes
de generaciones anteriores que balbuceaban
un himno parecido al llanto y que alguna vez
vivieron en aquellas ciudades.
Algunos flameaban banderas
otros gritaban a coro la historia de sus vidas.
Dicen que en esas ciudades la vida fue igual para todos.
Que jamás hubo uno que cantara
Que no estuviera comido por el odio.

Al caer la tarde, luego de la faena,
los habitantes se reunían en tabernas
para conversar sobre el sueño
de la noche anterior,
también sobre el fracaso de sus vidas.
Labrel contemplaba.
Las imágenes de los sueños que salían
de las bocas de los habitantes
eran escenas de un infierno,
otras, burdas telarañas.
En los extremos de las barras
había jóvenes con apariencia de dioses
que desaparecían sin que nadie lo notara.
Sólo ellas seguían en su oficio,
pendientes de la soledad que había
en el corazón de los hombres.

LAS CALLES

Corren papeles por las calles,
hombres míseros, de rostros polvorientos
buscando ahuyentar la muerte
mendigos, mujeres como hojas
que pasan y pasan
inocentes
llevando escrito el dolor
y el placer
como una gran cita
o un gran recuerdo, y el aire
del azar
en la noche.

En la estación ladraban los perros,
borrachos caídos, míseros,
pidiendo limosna
que repetían terrosas palabras.
Era allí donde Labrel hablaba de la vida,
de botellas de licor,
del oficio que se expandía por la noche
mientras
llegaban trenes a la intemperie
que se borraban entre el delirio y la niebla.

Labrel iba camino de la salvación. En su locura veía pasar carruajes donde viajaban los gobernantes de Ciudad Hazet, trenes roídos por el óxido y el sucio de muchas generaciones donde estaban escritas historias que alguna vez contaron moribundos, locos y prostitutas, quienes repetían de vez en cuando frases como: “he escondido mi vida entre tus huesos”, “esta luz la han olvidado los muertos”, “en mí está la salvación”, “he dejado los huesos enterrados en los siglos”, “esta carne corrompida es mía”. Otros pronunciaban palabras como “vida”, “amor”, “locura”, “muerte”, “libertad”. Esto era repetido por un eco que salía del fondo. Jamás se oyó un grito diferente. Eran voces y frases que se perdían en el lamento. Voces que se iban muriendo dentro de sí. Había quienes las pronunciaban largamente, a veces parecidas al aullido de los perros.

Luego de grandes discusiones, después de copas e ilícitos negocios. Después de la lujuria, el amor y la soledad. A la hora de las desavenencias, se armaban grandes altercados en tugurios y tabernas de Ciudad Hazet. Allí salían filosas navajas que eran olvidadas en los cuerpos de algunos visitantes. Otros le limpiaban la sangre con el dorso de sus indumentarias, las guardaban en estuches legados por sus antepasados y se iban para siempre. Dicen que los fugitivos se alojaban en aldeas indescriptibles, aún no mencionadas ni registradas en folio alguno y donde las leyes y la moral eran la memoria de lo inservible.

Como en tiempos en que visitaba las ciudades, Labrel deambulaba entre tabernas y prostíbulos de Ciudad Hazet donde se acostaba con mujeres cuyos ojos recordaban regiones donde nunca había caído la noche y libaba hasta sentir que sus palabras eran sólo el sueño de los desheredados, o voces de algunos perdedores desconocidos. Mientras los hombres (locos y moribundos) elevaban plegarias como culto a quienes no bebieron en los Negocios del Dolor, hojeaban folios que hablaban de pueblos vecinos y celebraban largamente con poetas que venían de los Barrios del Sur.

Labrel extendió sus brazos por otras regiones de la tierra. Llegó a un lugar donde los habitantes eran hombres que habían tenido su origen en otros cuerpos y donde bebió un licor que hablaba de la muerte. Conoció calles asfaltadas hechas a imagen de la sombra, grandes edificios que no vivieron en los sueños de los antepasados, secretos, grandes secretos guardados en extraños laboratorios para el exterminio de una raza que había vivido adorando los silbidos del viento.

En el mercado, adonde iba Labrel para comprar
la mezcla de los híbridos y los ungüentos,
los cuales calmaban el dolor de los moribundos,
se conseguían raíces que transportaban al sueño,
ramas para curar llagas ocasionadas por la tristeza,
algunas mezclas para hacer de la verdad, lujuria,
oraciones que consolaban a los desolados,
lámparas para ver las ánimas en pena que aparecían
al cuarto mes del año,
algún trovador que entretenía
el ocio de los poseídos.
A veces alguien que ofrecía el libro
donde estaba escrito el destino.

|

Su vida transcurrió en espacios duros.
Fue expulsado de lugares de disciplina y orden.
Las pocilgas le dieron posada.
Fumó y bebió en los suburbios del Caribe,
junto a mujeres abandonadas que le transmitieron su soledad.
Subrayó la palabra destino en Los Libros de la Vida
y jugó al azar cuando necesitaba proveerse.
No fue heredero de riqueza alguna.
Otros fueron sus legados:
Auscultar el poder de quienes fueron desposeídos,
reírse en la fiesta de los enmascarados,
probar el agua de los grandes mares,
comer en los puertos, los depósitos
y los basurales de la Ciudad.
Nadie le entregó una carta de amor.

||

Amplios antecedentes confirman su relación
con los bajos fondos:
en las ciudades vivió en suburbios,
junto a pasajeros malolientes
y mujeres de carne deslumbrante.
Fue visitante de la noche
donde elaboraban los sueños
y probó una hierba cuyo aroma daba imágenes
de otra realidad, de locuras que iban dentro
y la sabiduría de un conocimiento
a un desconocido en los Mercados del Día
y en los episodios de la carne.
Nunca supo de algo imaginario que no fuera
la Edad del Puerto donde traficaba con oro
y blancas extraídas de la más baja marginalidad
de los Barrios del Sur.
Nunca supo de algo imaginario
que no fuera su propia memoria.

A la entrada, llegando a la Zona del Descuido
se encontraban anuncios comerciales
que decían algo sobre lo transitorio.
Restos de automóviles gastados en la enrrancia
que pertenecieron a familias adineradas
y que los años y el uso derrotaron.
Libros que hablaban de ganancias y pérdidas.
Adentro quedaban restos de una Ciudad
poblada de espejos donde una civilización
vio paulatinamente su decadencia.

Al otro día llegaron los amanecidos
se cruzaron palabras
como al inicio de la vida.
Llevaban el traje roto
y un reloj que le recordaba el olvido.
Allí cambiaron algunas monedas,
repartieron documentos donde estaba
escrita parte de la falsedad,
hablaron de las ciudades
como de grandes acontecimientos
y se marcharon al atardecer, ebrios,
ahora sin destino.

DÍA 11

*(Esta hoja fue encontrada por Labrel en una calle
de Ciudad Hazet. Se supone de algún diario llevado
por uno de sus habitantes)*

Del incendio quedó el polvo. Salieron payasos
y saltimbanquis, los locos de la turba.
Nuestra diversión fue el juego,
las veces que visitamos el burdel,
las cervezas de la tarde.
Algunos se llevaron sus capas negras.
(Nosotros dejamos los infolios de la muerte,
poseímos el cetro de todos los reyes
y bebimos del cáliz que guardaban en el templo)
la ceniza dejó brasas para el rastro final,
la voz entre bastiones.
Supimos que el viento se llevó a los sepultados,
que los condujo a las aguas de Caronte.

CARTA

Mi soledad es un oficio
tras los portales
y nada quiero de aquel manto.
Perdí documentos de la tierra
de los pordioseros
y mi diario quedó escrito
en lenguas olvidadas.
Hoy llevo una Ciudad ilegal
donde el hambre
fundó la ira
y su semilla es la carne
amarga que comemos

*(Los tres textos siguientes fueron encontrados en una gaveta,
en la pieza donde Labrel dormía, luego de grandes noches
de amor, ebriedad y locura)*

I LEGIBLE

Evitaba escribir el fuego, el amanecer entre espinas,
lejos de todo final o comienzo

nada en lo turbio me prometía.
Lento tiempo quedado entre limos es la huella,
el paso vedado

ahora poseo el don de conocer mi viaje.
Cuando caiga sabré levantar mi cuerpo y seguir.
Nadie notará el aire de la leyenda, la mirada.

Los rigores vendrán de paso en paso a tocar lo severo
cuando mis gestos sean mis palabras.

CIENO

Quedo atascado en el cieno donde comienzan las liturgias.
Mis surcos son alaridos ancianos en el vendaval.
—Allí obstruyo a mis siervos la señal dejada sobre las hojas.

—La vid moribunda
tocó mi garganta.
Hoy vuelvo y mi alma
llega a las palabras,
a esas manos que envejecen.

Quedo mudo junto al árbol que brotó deshojado
a la vuelta del verano.
Quien pase y me observe me verá como fango entre las
piedras

Aunque ileso

estaré perdido.

Nadie sabrá que han golpeado mi cuerpo.

Ignorarán la tierra
que me trajo

sin nombre.

SOY ESTE MAR

Soy este mar y llevo arena acrecentada en los huesos.
En nombre de lo perdido me dejo tocar por los soles
y cerca de la oscuridad mi voz es espina oculta
que danza en las ciudades.

El sol llega y al entrar
mi ropaje permanece fiel.

El ruido y las mismas voces al frente, entonces me veo
caminar como última esfinge
y encuentro lo perdido oculto en las palabras
y mi huella pasa insignificante.

Nada perderé mientras observe,
pues nada dice mi rostro en las calles.

Son herbarios desnudos los ojos que traigo a esta Ciudad
y mi elogio en lo perdido es la grama que va sobre mi hombro,
también los enjambres que lo habitan.

Quizás de vuelta, más acá de los mares, mis referencias sean
diamantes inmundos perdidos en el pavimento,
el diálogo de quienes me buscan.

Tiempo fértil, nada me llevaré
y otra creciente en mí será el lema,
el murmullo de dioses entre los árboles.

Salvaje pedrusco del invierno.

...¹ perdonad a quienes bebieron conmigo
haciéndose cómplices del llanto.
A las mujeres que me amaron y eran alegres y tristes
y siempre llevaban una flor.
A quienes dijeron NO a la hora de la muerte y prefirieron
cultivar los metales clandestinos de los manifiestos.
A quienes estuvieron en mi mesa y se fueron dejando
un grano de trigo y las cenizas del cigarro.
A mi Ciudad que tiene otra sombra en la otra mitad del siglo.
A los bebedores del reino que me buscaron encontrándome
encarcelado dentro de mí.
A los jugadores que cambiaron oro por la muerte.
A quienes nunca regresaron de su locura.
A quienes hablaron dejando en el murmullo frases
/ condenatorias.
A quienes no quisieron dormir aplastados por el rosario
de los cuerdos y regalaron flores y no negociaron con sangre.
A quienes se cruzaron conmigo en el camino y no fueron
a regiones medidas porque no tenían un céntimo.
A quienes bailaron a oscuras y se dibujaron en la tierra.
A quienes dispusieron de sus sueños para saber el destino.
A quienes desconfiaron de la seriedad de los gobernantes
por impulsos estéticos.
A quienes siguieron a los locos y a los moribundos
como esperanza de una caravana en el desierto.
A quienes no llegaron a entender mi voz rápida,
mis invocaciones, mi resplandor apenas visto
en los menesteres de la nada y de lo inútil
como esta oración de descuido y memoria².

1 Ilegible en el original. Se supone el nombre de algún dios.

2 Esta hoja fue encontrada bajo una mesa de la taberna donde estuvo la última noche que se vio a Labrel en Ciudad Hazet.

EL CORAZÓN ESTÁ SECO
(1993)

...aunque soy polvo y ceniza

ABRAHAM 18:27

|

El zapato en la almohada nos dio la pesadilla.
Las bocas están vacías, nadie sabe el paradero del trovador.

La noche nos detiene.
—¿Aguantas otro trago?, deliras.
Llevo algunas notas del viaje, sabes que no somos hijos
de una noche tranquila.
—Debo absorber los licores, la historia es larga...
—Salgo de tus vestíbulos, gran escenario.

En un minuto construimos los desperdicios que
representan
/ al hombre.

Aquí estoy, casi viejo y muerto en el centro
de la ciudad.
Los autos nos rozan.
Los espejos clavan su mirada.
Las aves no existen.
—Camina, ve y toca la tierra, cruza la calle y cómpranos
/ la manzana.
—Anda a la tierra y dile que somos los perdedores,
que sólo nos interesa una estrella.

¿Aguantas el ruido que llevas?

A media noche, levántate y visita tu tumba
y no digas qué hemos sido,
di que fuimos quienes cruzamos los cielos.

Una espina hemos conquistado.

Brujas muertas, preséntanos ante el altar.
Llevamos una gran noche, una caída en los abismos.

Ahora me sé un poco perdido en la multitud.
El agua corre por mis huesos.
Los hombres son ojos de los troncos,
los nuestros baten sus alas y mendigan,
quemán sus brazos en la noche, vuelven impuros.

Un país perdido, un país destrozado.
Baila baila baila.
Aqueronte duerme, hemos elegido esta espesura, esta región.
Las aguas corren por tu cuerpo, viejo pisador de la noche.

Sin nombre entran los gladiadores.
Andamos en presencia de las fieras.
Encontramos a nuestra madre en medio de la selva.
¿Ahora, quién vigila este cuerpo derrotado?
¿quién mete las manos en el polvo de la historia?

El sol se cierne sobre nuestras cabezas.
Gozaremos entonces gloria plena
pero no mayor gloria que los astros.

Alma, limpia tu cuerpo en nosotros.
Nadie pierde su imagen, estamos en lo más hondo,
expuestos al derrumbe.
Sólo un paso es el presente y el pasado.

—Observa cruzar la calle, compra esa revista,
nos habla de la última moda.

Lee nuestro tiempo.

Risas en el centro de la ciudad.
Humo nuestro, espera, ahora cruzamos nosotros.
—Hoy vimos una mala película.
—¿A dónde ir?
Hay fantasmas en el parque.
Alma, limpia tu cuerpo en nosotros.

Grandes personajes se acercan
y la historia comulga en este crucifijo.
Todos marchan ante la palmatoria donde se cruzan los signos,
donde se cruza la reverencia de estos personajes
o la no reverencia.

Grandes catástrofes.
Una y otra guerra.
Sin esperar nadie una palabra.

Poco tiempo queda.
Los síntomas son el fuego y yo.

Informen todo esta última noche.

Aquí vienen los grandes ausentes.
Veámoslo todo.
Allá están los del apocalipsis:

“Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado
sobre él. El cielo y la tierra huyeron en su presencia,
sin que se encontrase su lugar.
Vi los muertos, grandes y pequeños, en pie delante del trono;
y fueron abiertos los libros; y fue abierto otro libro, el libro
/ de la vida.
Y los muertos fueron juzgados según el contenido

de los libros, cada uno según sus obras”.
Allá, donde duermen los buitres.

Vayan bajando,
vayan bajando al cadalso los de la guerra.

Camina, camina tú lentamente.
Ve, nada hay en este desierto.
No hay flores no hay flores no hay flores.

Latas de cinc
piedra piedra piedra
ruinas.
Ve, nada hay.

Escucha la voz:

“Mis fauces están secas lo mismo que una teja
y mi lengua pegada al paladar;
me has sumido en el polvo de la muerte”.

No hay flores no hay flores no hay flores.

Calma, un poco de nostalgia y muerte,
pero nos hemos figurado diferentes
y poseímos todo el frío.

Alguien golpea, golpea la puerta alguien
abre anda abre ve quién es
quizás seas tú y no lo sepas.

Se nos ha caído todo de las manos.

Nadie ve por sus ojos.
Apenas una rendija nos muestra el Universo.

—Ve, observa hacia afuera.
—¿Qué hay, qué hay, dime qué hay?

Nadie ha visto su esfinge en este altar.
Sólo sus cuartos llenos de ruinas.
Ve, allá bajan los de la guerra.

—Ve, soy el otro lado del polvo.

He muerto y no he muerto
aunque secos están los ríos, aunque debajo
de esta alma han crecido las rosas.
Esta es la hora, ya comienza la fiesta
y sólo quedan algunos trastos.

Corre agua llorosa, indócil.
Corre agua llorosa de mi tiempo.
Corre mancha ineludible.
Esta no es la fuente de las pasiones,
es la fuente que ha recorrido los siglos.

Ya nada le digo a nadie.
Ya nada le digo.
Hay una tempestad en este cuerpo.
Agua, dime dónde cierro mis fauces.
Tierra, dime dónde se ha derrumbado tu sangre.

Hemos vagado de instante en instante.
Tierra, duermo en esta llama.
Dime tú, gran personaje, ¿acaso en la mitología

estarán mis cuervos?
¿Se posarán en tu ventana?

Dime ave temible:
¿cuál será ahora la gran estación?

Nunca he deseado ser.
Todo fue una locura que llevaba por las manos,
un espasmo terrible.
Nadie está ahora entre los bienaventurados.
Seamos una sola cosa esta noche.
Viejos ermitaños a orillas del río
viéndolo todo sin nostalgia.

Aquí estuvieron conmigo las últimas casas.
El nombre y lo áspero del camino fue su historia.
La voz, el poco silencio que quedó: ventanas y lodo,
paredes huérfanas, el aire, el fondo del cielo.

Hubo hojas y rodaron, el viento nunca las detuvo,
ruidos del árbol y barrancos, extrañas doctrinas.
Jinetes dormido cabalgando sobre mi faz.
Bastante soledad.

Dime ave temible:
¿Qué hora es en esta oscuridad?

En el lugar de las trampas,
un viento sucio, una hoja moviéndose en forma de
serpiente,
esclavos asomados bajo el látigo,
esperando la rendición como árboles caídos
en las manchas de la tierra.

Mantas del exilio.
Fuego de agonía en bosques de gracia.
Leyenda igual a la hiedra.
Pasos enmohecidos por mi aliento;
deja un poco de tus ruinas.

Esta es tu sangre.

Nada soy movido por tus hebras.
Ya nadie es el halago de mis sentidos.

Piedra huérfana.
Ciudad caída en la ceniza.
Ventarrón de la noche.
Caverna luminosa,
espera mis últimas súplicas.

Esta es tu sangre.

“Aquí llueve, ven, aquí llueve.
Ven, cúbrete, llueve y hace frío.
Usa el abrigo, jamás habías estado así.
Llueve y hace frío.
Llueve sobre un edificio roído.
Olvidamos la luz.
Los umbrales son sombras, noches sin principio.
—Veamos estos artefactos.
—Las tiendas están cerradas.
—En estos pasillos todo ha sido un rumor.
—Oye, te hablo te hablo.
—Conversa conmigo.
—En estos pasillos todo ha sido un rumor.

Un grito abandonado en los brazos del huérfano.
Hombres al borde del cansancio.

—Oye, estoy a espaldas del tiempo
y mi respiración es un pequeño ruido
donde se cuele la dureza de mi voz.

Árbol que has dejado de ser niño, no mueras.

Orfeo, he aquí lo que queda del amor:
Piedras, ventanas cerradas, pañuelos caídos,
flores rojas y marchitas, un adiós,
niñas desveladas tejiendo en este rincón.

Cipariso, condúcenos a los pastos nuevos,
A las fuentes de agua más limpia.

Los perros ladran al son de la noche.
Sus emisarios duermen.
Nos hemos cobijado al sombro de la fatalidad.
Apenas hemos comenzado y es casi el final.
Los perros aúllan.

—Amor, no discutamos más, estamos perdiendo el tiempo.
Siempre estamos perdiendo el tiempo, te he dicho te quiero,
te lo he demostrado.

—Háblame de tu pasado.

—Fue triste, muy triste, no es necesario lo triste.

—Sí, sí es necesario lo triste.

Es de noche y los perros ladran.

Esta fue la ciudad donde te vi.

Aquí hablé de lo que pudo ser el amor.

Apenas pudimos recorrer la tierra.

Allá vienen los heraldos que me prometiste
cuando me hablaste de la esperanza.

—Ven, caminemos por la calle que hemos deseado,
no desaparezcas como siempre lo haces.

Estoy solo.

Fuego vasto y sublime,

Déjame un poco de tu aliento.

“Ah, ah, Señor eterno, no sé hablar
sólo soy un niño, sólo soy un niño”.

II

Veo mis ojos se elevan sobre catacumbas
como ruidos de pájaros muertos.
Se pierde el olor humano, nos deja esta llama,
esta espiga que es otro signo de lo que somos:
ruidos ruidos ruidos
hablando hablando hablando
y de él salen vahos espumosos,
sonidos de acero, un mar que pide nuestras manos
ninguna música.

Ciudades sumergidas en el sueño de los muertos.
Oficinas, cheques, tarjetas
y la muerte y la soledad escondida entre tus huesos.

No soy más que un país triste,
un caminante solo en la noche.
Alguien que no es de Oriente ni Occidente,
ni Sur ni Norte,
un ser que se marcha dentro de sí,
observando la nieve y el humo que lo habitan.
Me cuelo por esta rendija
y veo que mi cuerpo son pedazos de carne destrozada
flotando en un mar cubierto de rocas.
En una ciudad de suburbios y basurales.
En un río que late en el corazón de los muertos.

Me cuelo por esta rendija
y veo los seres cubiertos de tierra
pegando el grito de los siglos.

Ciudades sumergidas en el sueño de los muertos.
Allí es nada el amor de los que no existieron:
palabras en algún restaurante, a la salida del cine,
en algún banco de plaza o la melancolía de las señoras
talando un desierto en sus alcobas,
la carrera de la desesperación,
el grito del sueño, la soledad de lo humano.

Vuelvo sobre mí como bosque destrozado
cubierto por las llamas que llevan nuestra lengua.

Mis ojos que son reales han visto vagabundos

pasearse como ángeles sobre nuestros escombros
recogiendo los rostros de Dios y ahora no se cierran.

Las hojas pegadas a mi cuerpo son del gran árbol que soy.

Estas hierbas crecidas sobre mi cuerpo
son la gran tierra que soy

y esta mancha el veneno del mundo.
Está, la horrible sequedad donde hemos dormido.

Los escombros de la tierra son esta fiebre y este deseo
y es ésta la queja de la fiesta.

Ciudades, países impenetrables.
Hombres dormidos sobre sus ruinas.
Aves de estaño y cobre.
Noches límpidas de nuestros humos,
nada tenemos que fingir,
todo lo han rodeado las serpientes como lamentos
del buitres que se incorpora a nosotros.

Es día de buen sol.
La arena caliente, el agua tibia.
Olas por encima de las piedras.

La civilización.

Duermo duermo duermo
en este cuarto maltrecho:
libros amontonados, periódicos viejos,
ropa sucia de todos los días,
revistas de moda, almohadas y cobijas de los amantes

La Biblia, los libros fundamentales
Sueño sueño sueño

Acaso sea el sueño.

Alguien ve las figuras de la tierra
por donde se cuele el viento
y deja velas apagadas.

Ya hemos conocido el secreto de los hombres
que han deseado la guerra
y de los que huyeron como caballos.
Ya conozco el secreto de mi boca
que es hija de los cuartos fríos
y se eleva en un rugido.

Este aire no es el alivio de los muertos.
No es el recuerdo de sus sombras.
Están sus escrituras abandonadas
donde abandonaron sus sueños.

La travesía vuelve, es el fondo de la tierra.
Su agua es agua no bebida pero es la que hemos dado
como sangre en este ciclo de muertes.
La travesía es el paso del siglo dormido
al fondo de sí mismo
En sus ruinas está la esfinge del tiempo
que lleva en sí el tiempo.
Huesos roídos en la penumbra por aves de maleficio.

Epígrafe del mundo.

Aquí su huella.
Esta sombra es la del hombre
vuelto sobre la nada.

Caminemos, vayamos recogiendo lo dejado:
restos de lo inservible.
Allá hubo grandes rascacielos,
algunas casas de comercio,
damas paseando con sus perros.

Cada uno sobre sí mismo.

Nadie agota la muerte ni la angustia.

Broto del fuego, me juzgan por no hacer ruido,
pero la piel es lo necesario para pasar al otro cuerpo.
Engendro la sombra, subo a la cumbre
con rastros de quien he sido
y siento que mis ojos son otro sol.

Se va tallando la soledad
y la palabra queda.

Mis objeciones fueron tierra en la abadía de una ciudad
y mis manos flotan ante un jardín de huesos.

Entonces,

¿Cómo decir que mis manos abarcan la distancia?
¿En qué pecho está el incrédulo?

Silbo como un pasajero nocturno
y digo: ¿cómo hemos pasado ante tanta oscuridad?

Sólo veo la frente quedada, la lágrima que corre.

Entonces,

¿Qué plegaria es imprescindible?

Devasto los sueños en medio de la cacería.
Mis enjambres son el ruido de los sueños
y los gritos del lobo en el exilio
son la última gota de agua.

Herido en esta geografía me detengo a preguntar:
¿sobre qué muero?

El silencio me acepta como separación.
Poco tiempo queda para el triunfo.

Entonces,

Lejos de la caída del sol hablo
y un grito humoso sale del fondo
y el eco es un hombre
un eco que viene del principio.

Me veo el rostro plegado a los cimientos de la civilización.

El hierro derriba la noche.
Ahora este diálogo no es nuestro.

Torre donde guardo mi día, guarda tus abrigos a los muertos.

Soy viviendo en cenizas.
He cabalgado a instancias del tiempo

y nada me queda.
Mi límite no es la eternidad, algo dejo fuera de ella
para que una noche sea todo esto.

Casi llegamos al final.
Esperemos otro día, el día donde el recuerdo nuestro
sea la tierra que dejamos.

Vean, el hombre es el sueño de Dios
y la muerte, lo real.

Un viento cubre los ojos
y los diversos miedos de esta noche.
En sus labios mi palabra se levanta
se olvida la revelación que percibe.

Dejé huellas que no pertenecen
a ningún cuerpo.

La ceguera y el cielo nos muestran
grandes pasiones.

—Ve, nadie espera dentro de mí, nadie espera.
Salgo de lo real como un sueño.

Encima de mí está la sombra
y más allá de mi sombra estoy yo
hablando con mi sombra.
El coro detrás y sus ecos delante.
Aquí, donde el diálogo nos pertenece.

Seres, casi seres han existido en el sitio de la penumbra.

He regresado con mi nombre entre los labios.
Me veo bajo las alas, me veo bajo las grandes uñas
y sueño que soy nada entre el sueño y el amor
y busco el sueño que me lleve al polvo
al brebaje de ceniza que me contiene.

Tierra, relación de tacto y cuerpo donde he vivido,
quiero tu parte; la que me pertenece.
Estiércol de la soledad, máscara y flor de Dios,
levanta el muro y deja tu pacto, ve el estigma
encerrado en mi puño y entiende,
nuestra fe es el hoy perdido.

Fondo de la noche, espera lejos,
que duerman otros en tu lugar.

Vértigo, fiesta de las aguas y del barro,
fiesta de escombros,
separemos el comienzo y el final.

Las serpientes están en nuestro cuerpo.

Vuela águila y déjanos los restos.
Camina camina camina tú
entre esas paredes,
camina y ve tu sombra
tu sombra tu sombra
Pégale a la raíz de lo que fue.
Hojea el libro donde pusiste la esperanza.
Ve la página que marcaste.

Todo fatalidad y asombro.

No, no he de descubrir nada en este viaje.

Escucha el paso de los muertos.
Hay un gran cansancio, siento un gran cansancio.

—Estoy casi viejo.
—¿No aguantas otro trago?
—Levanta la cara,
no duermas,
observa que las ratas han salido.
Observa los reyes de tus barajas.
Ve y camina por esa ciudad.

Despertamos.

La calle tiene sus señales.
Latas colgando en la antorcha.
—Abaniquemos fuertemente los rostros,
es tiempo de lluvia
y andaré de cementerio
en cementerio,
mi cuerpo picado en dos,
bellas mujeres cuidarán mis huesos.
—Ve, las brujas sonríen desde el abismo.

Lápidas abiertas donde hemos escupido:
vigilen mis entrañas.

“Mis fauces están secas lo mismo que una teja
y mi lengua pegada al paladar;
me has sumido en el polvo de la muerte”.

Hombre de abajo, levanta ahora tu sombra,
escarba tus ojos, toca tu carne y tu sangre terrena
que el tiempo es la metáfora del alma.

Me he levantado temprano, la cruz en la frente
y la cal de la calle.
Vital me sé, hondura uniforme,
lejos están los de mi guerra.
Dios, aguántame en esta tierra inocente,
no he pedido más que un poco de agua.
Noche, ten piedad de mí.
Fuego que vierten mis noches,
auguro laberintos bajo el cielo.
Dientes pardos, afirma tu descendencia.
Amor, ten piedad de mí que no he conocido
sino un poco de odio.

Señora de los cuatro amantes y los cuatro cuerpos
es la hora de volver
Recoge el lecho y la vida.
Todo comienza en otra parte,
dentro de nosotros
que somos los últimos en vernos
en el espejo roto.

Señora de los cuatro amantes.
Fondo de la noche,
que duerman otros en tu lecho.

“Ah, ah, Señor eterno, no sé hablar
sólo soy un niño, sólo soy un niño”.

En un bosque impregnado de duda quedan hombres
/ abandonados.

Ahí arrojamos las voces y la realidad es realidad alejada

de nuestro cuerpo, imbuida en una atmósfera donde el aire
es una noche, diestra para que los poetas cabalguen
y el devenir no sean fantasmas.

Cansado por la sola forma de soñar
otras luces me abren paso a lo ancho
de una calle y nada se despeja.

—Aquí parece febril el comienzo de la vida,
pero estos huesos que no duermen
son la terrible furia del dios.

Llevo en mí el cántaro de un bosque deshabitado.
Ya el navío me trae viejos pasajeros,
el fango encontrado en el camino.

Siento voces que vienen
y es duro el verano
que descifra los sueños.

Tierra húmeda es la raíz del atalaje.

El verano me ausenta del espacio virgen
y hago de la realidad indicios de una leyenda.

Aquí no soy parte de la razón, mi límite está agrandado
en otra tierra, pero he descubierto el lugar que ocupo
y de la habitación del amor me vienen los silbos
y sólo me queda observar paseantes más allá del fin,
todos cubiertos con mantas sombrías.

Este desierto me trajo una brasa

y el sacrificio queda en algún lugar,
junto a ríos y ciudades cubiertas de tizne
donde las vertientes asomen espejos y se abran al sol
y no quede sino vernos a través de una habitación.

Escondo cajones que traje a la vigilia,
ya no son iguales los pasos donde he dejado rumores,
pero es de esta sequedad que me viene la historia.
Indiferente a los ciclos de la noche, contemplo
a quienes hablan dentro de mí para ir y no detenerme
ni volver la mirada.

Siempre he dicho que mis agujones aparecen de noche,
lejos de todo sol, que mis fieras son a veces palabras,
que en algún desván olvidado encontré el recuerdo,
que mis palabras son vestigios de la sombra que traje.

Aquí fue dura la voz y la mirada.
Ya nada llevo entre las manos
del lejano nacimiento.
Los astros retornan,
las estelas extinguidas
son huéspedes, cantos de la noche.
Hoy no es la misma fuerza.
Estas luces que salen de allá han perdido
en el lugar que me encuentro
y de tantas hospitalidades
sólo quedan garfios de una atmósfera extraña.

EL CANTO EBRIO
(2003)

DIARIO DEL PROSCRITO

*Otra vez bifurcaré el camino,
hundiré el azadón en campo pedregoso
para extraer riquezas más imperecederas,
sin tacha,
sopesadas sólo en palabras*

ERASMO FERNÁNDEZ

*Cuando la vida se detiene,
se escribe lo pasado o lo imposible
para que los demás vivan aquello
que ya vivió (o que no vivió) el poeta.
Él no puede dar vino,
nostalgia a los demás: sólo palabras.
Si les pudiera dar acción...*

JOSÉ HIERRO

*La palabra fue elevada a otro reino
en un libro conservado por ebrios
refugiados en los delirios
y el sedal de los iluminados al amanecer.
Este fue robado y transcrito
a un lenguaje efímero, de pedrerías,
por algunos magos
que plagiaron imágenes, vidas
y símbolos relacionados
con las sombras
y sus destinos.*

ORÍGENES

Dimos tregua
al hablar de las cenizas.

Escribimos nuestras vidas,

el tiempo transcurrido
en el lugar del encuentro,

lo acontecido bajo
el trono legado por el fracaso.

RESIDUOS

Lo que sobró de tu miseria,
los bajos fondos,
el vicio, lo prostituido,
guárdalo,

—será necesario
en el camino,

la envidia
lo blanco del odio,
el desasosiego,

no lo entregues

—será tu defensa.

DESTINOS

Nos acompañó el llanto,

los adioses,

ruinas contempladas
donde sólo fui un ruido,

payaso de quienes no vieron
sino un tren descompuesto

abandonado sobre los rieles.

LÁPIDAS

Fui dura piel
en los abismos,

bebida fermentada,

ardor,

ácido en los caminos,

todo en esta
corta sombra,

bajo el resplandor del sol.

VACÍOS

¿De qué sirvieron los parques,
los árboles sembrados,
nuestra palabra,
los pergaminos escritos, leídos
desde las entrañas,
los silbos de la noche?

De nada sirvieron.

Me sentí insignificante
al saberme perdido

pero fui salvado
por aquella sentencia
que me escribí yo mismo:

“debes heredar el vicio
de los poetas”

Llevo desde entonces
ese conjuro,

esa llaga.

CAPRICORNIO

Escalaba
montañas pedregosas,

el césped lo llamaba
en medio del desierto,

inventó la lluvia

trajo enero
a la habitación
regido por Saturno

arreciaba en los desfiladeros
del tugurio
bajo sus aguas

VICIOS

No pedí el pan en las puertas
de las academias,
tampoco les dejé mi palabra.

Asumí vicios,

subí hasta el final de la calle.

Agarrado a las aves
entregué hojarasca
a mis semejantes
en ciudades oscuras
donde hablé de jardines,
del brillo que producen
los basurales

la tormenta de la mala vida.

Hice entonces
del poema un reino,

el canto
del poeta ebrio.

ARENAS

Lancé migas de pan
sobre los escombros de la casa,

arenas en los desiertos,

compuse cantos
en las ciudades donde viví,

lancé hojas escritas al vacío,

construí la historia de los lirios.

ORACIÓN

Aquel que cantaba
ahora está dormido,

al regreso traerá
la lluvia,
inciensos
y pétalos de lirios caídos,

también zafiros, su ónix,

el ruido de los desesperados,

lo incierto del destino.

ALQUIMIA

La lima ferrosa
hacía estragos sobre mis días
cuando creció el olvido,
el aroma del desprecio
y el licor era vida,
brebaje de guerreros
e iniciados
que sabían del despeñadero
anunciando otro reino.

Allí el orfebre
era la forma del ángel, su caída
el lamento como una patria huérfana,

los golpes,

esta piel temblorosa
en los elementos de la materia.

VISIONES

Perdimos,

flaquearon
nuestras piernas,

los ojos eran desvaríos
golpes de un infierno errante
visiones dobles desde
el cuadrilátero.

Fueron desbastadas las maderas
por el torno de los alucinados

pero fue el ámbar en la caída,
los sueños del ebrio,

el cedro, el laurel,

el canto de las alondras,
lo amado en el tiempo,

el barro en la piel,
la burbuja del vino
como agua para los desolados
lo que me sostenía de pie.

AUTORRETRATO

De la errancia
guardo piedras de un mar,

partituras de canciones
entonadas por alguien
queriendo destruir mi reino,

aves extrañas,

objetos hechos en los días de mayo

versos escritos en la soledad
para damas que nunca conquisté

mis libros imitando a dios

flores en la memoria,

mujeres amadas
en trenes desaparecidos
bajo la oscuridad de los túneles,

en la lluvia.

POÉTICA

Perdí trabajos,
oficios y profesión.

Era feliz contemplando unos ojos
parecidos a un bosque.

Insistí en mi reverencia
a damas que nunca me quisieron.

Las alforjas llenas de vino,
cartas de amor
y algunas cicatrices darán cuenta
de mis compases para vivir.

De trampas para no morir de mengua
cuando me hice tahúr,

sicario de los dioses.

HOMENAJE

Observé el firmamento buscando
algún indicio para recuperar la fe.

Quise lavar mis manos en los mares
y en los ríos de los perlados pueblos.

Salimos de nuestras casas para escribir
panfletos,
lo miserable
bajo los rostros de la noche,

con el traficante que blasfema
en la alucinación del amor
y los desprecios.

Revisé libros escritos
y busqué el misterio en alfabetos antiguos
para traducirlo todo al lenguaje de la ternura.

Consulté magos
que me dieron esperanzas
y en secreto me profetizaron:

“heredarás el espíritu de Li Po”

pero sólo poseía el vino
y no tuve la barca,

tampoco su luna reflejada en el lago
para alcanzarla
y tocar la muerte.

Pudimos dar más
bajo el conjuro
pero huimos
hacia los tugurios
donde confluían rechazados
perdidos en la búsqueda de las palabras
y el lenguaje de los inocentes.
Predijimos el fracaso del tahúr,
su angustia
bajo el número 13,
donde se reúnen hechiceros,
hacedores de arena, y lloran
bajo el tono de viejas canciones
los amantes extraviados.

EFEMÉRIDES

*A José "Pepe" Pietrángelo
A Héctor Seijas*

De no ser
por las noches alegres
en la demencia, lo amado en oscuras habitaciones,
el ocio bajo la sombra del atardecer,
todo hubiera sido un fracaso
pero nos reunimos en las tabernas
y en los inviernos
hablamos de las desgarraduras vividas
en los grandes salones,
de sueños pisoteados,
la locura sobre las almohadas
de oraciones, la importancia
de los licores amargos
para conjurar malos augurios,
entonamos cantos en las tardes
de lluvia y junto al trago dejamos
trampas escritas en libros de poesía,
algunas botellas al borde del barranco,
y el humo del ocio expandido en los suburbios.

LABRANZAS

*A Gonzalo Fraguí,
A mí mismo.*

Hice mi vida en las ciudades,

lejos del páramo donde nací.

Mis ojos poseen
sólo este paisaje,

no el de mi infancia
bajo los helechos y las moras.

Nunca más oí aquella canción
que hice para mí en el páramo,
en sus pastizales, bajo la bruma,
en Las Labranzas, Mérida.

en aquel frío que nunca sentí

inventé oleajes cuando dormía
para bañarme en sus ríos.

Era otro reino

hojas a la deriva

piedras que hice para mí.

||

En la noche
aparecen mis hojas

hablamos desde la montaña
templados en niebla

trabajamos la tierra

hacemos el agua que nos riega

caminamos sobre el miche,
el tabaco y el chimó

vemos la memoria

y bebemos en su nombre.

CANCIÓN

Nada quedó
al hacernos
semilla no brotada,

no creímos
aunque tuvo rostros

nada quedó

esperamos mucho tiempo

sabíamos que no daría frutos

el viento, la tierra y el agua
no son los mismos.

LA FUERZA DEL VICIO

Hundido en la arena

sabiendo que los días pasan
llego por la fuerza del vicio,

obnubilado, a este río cenagoso.

Veo el espanto
mientras aseguro mi realidad asomado
a la ventana
donde el viento
deja las claves
transcritas por el mago
cuando me dijo:

“serás libre en el sueño
al tocar los portales de la amada
allí conseguirás trigo y almizcle
un canto para contemplar las aguas”

y aquí estoy ante
la aparición del espanto,

alejado de la estirpe
aquí estoy

ahogado en la arena
que pisamos descalzos,

esta es la tierra de mis muertos
aquí comí y bebí
con quienes escribieron la plegaria

lo quedado en la memoria,

regreso para espantar al espanto
y me permito el florecer
cegado por el ruido de los asteroides

cuando su luz reflejada al mediodía

me hizo diestro
en el arte de los caracoles
que viajan lentamente desde la noche
donde nada tiene sentido
sólo el árbol
que vimos crecer,
la imagen de la flor gastada
la huella del agua
y lo que hice mío quedó
en una ciudad
donde fui derrotado por los videntes
que predijeron el fin de la era de las acacias
y puse el pie en una hierba crecida
en los años bisiestos
cuando mis ambiciones fueron declaradas nulas
al confesarme fiel a las calas,
a la luz que produce el frailejón sobre la tierra
donde perduran las tapias

y desandan mis antepasados.

CANCIÓN CURSI

Nada traje al regreso

nada diré a mis semejantes

prometí laureles, triunfos.
Nada traje a quienes esperaron
algo de mi vida.

Quedé mal entre los míos

nadie entendió mi voz gangosa
bajo los efectos del alcohol.

Fue adversa la fortuna.

Pude ser bueno

nadie me vio contando
lo obtenido con los tahúres en las noches,
bajo el azar.

Quienes bebieron conmigo
eran cómplices
y supieron del ceremonial
cuando fui dueño de unos ojos
color aceituna

no pude sostener
la piedra del amor
y en mi derrota
escribía canciones de desengaño

canciones de resentimiento.

EPIGRAMAS DEL OLVIDO

*Me dijo que el amor
era algo nada más imaginario,
que no creyera absolutamente nada
a pesar de un amor verdadero,
a pesar de un imaginario amor*

ANTONIO URDANETA

|

Aunque no me amaste
conociste a un poeta de verdad.

Ahora sabes que los poetas existen
y sabes que yo existo
y si estás con otro
ese no es poeta como yo,

espero lleves al mundo
testimonio de ello.

||

Quise pasear contigo,
agarrados de la mano
por los bulevares de mi país.

Sólo era un sueño.

Estabas comprometida
con alguien que trabajaba
y aseguraba tu vida.

Mejor así

te la perdiste

de poesía también se vive.

III

Fueron vanas sus palabras,
no pudo el poeta conjurarte.

Ofreció lo que no era suyo:
la vida,

no pudo
con el vuelo
misilístico del desprecio,

entonces construyó un muro
más alto que el deseo
para no verte.

Fue vano el muro,

te soñaba.

IV

No toqué tus senos
ni tu pubis.

Quiso el destino
que no fueras para mí.

También lo quisieron los astros,
el fuego de las estrellas
y quizás los dioses.

No pudimos combatir
juntos
la soledad.

Fue vano ofrecerte
mis poemas.

V

De nada valieron aquellas hojas
el agua de los ríos,
las especias, el terciopelo,

lo aprendido en la barriada,

nuestro olor a vándalo,

el hollín en las tardes sin sol,
el adiós de los perdidos

de nada valieron las mantas
tejidas en el sueño

buscarte detrás de los espejos

de nada valió.

Nada te dijeron mis relatos
que hablaban
del mar y las despedidas
cuando descendíamos
por el barro

decirte que te amaba
de nada valió.

VI

Es hora de beber
recordar aquella dama
que amé en la playa
y que hizo feliz mi infelicidad

ya no vendrá

o quizás no exista

han pasado muchos años
y si nos encontramos
nada será igual

y si vive habrá envejecido
como yo.

VII

Lo que será arena de olvido
humo esparcido en las noches
algo alejado de la gloria
hizo que ofrendara una copa en tu nombre
mientras oigo aletear
una mariposa
y alguien amasa el pan
que mañana comeremos
y sólo yo sienta
el saber que te perdí
pero me obnubilé en el bosque
y volví la mirada
para ver el movimiento
de las aguas en el río
que nos lleva a la mar
que es el olvido.

VIII

Pudo ser en el bar del centro
o a la orilla del Atlántico,
cerca del puerto donde nos despedimos.

Pudo ser en la biblioteca
a media luz
leyendo a Henry Miller y a Stanislavski
oyendo a Joe Cocker
con una pequeña ayuda de mis amigos
o en el gimnasio donde practiqué boxeo

o en el páramo donde nací
o donde pagamos nuestras cuentas

pudo ser en el bosque encantado
donde son inútiles los macheteros

o donde dejamos los perfumes
en la habitación
sin importar la derrota
en lo cotidiano.

mejor así

pudo ser a la orilla
de la playa, al amanecer
donde esperé la resaca
de las olas atraídas por la luna

(Hubieras sido mía, —dije—
y no de los astros, pero es lo mismo.

Acuérdate de Capricornio
y su imagen en los cielos

insistiré en robarle luz
a quienes me encandilan
en esta ciudad

los poetas reconstruirán
países
seguirán bebiendo
y amando a la dama de flores espinosas
donde todo es caluroso,

lo digo yo, vago de Las Labranzas
y me perdono
y los perdono porque la guerra
la hacen los miserables).

Pudo ser bajo el ánfora
al amanecer

al irse los amigos,

en mi casa

o en el *ring side*, años después
ya retirado del boxeo
recordando una tarde de gloria

o como te dije al comienzo,
en aquella tasca
al lado del muelle

aquel día

antes de despedirnos.

la quise radiante en los manglares, alga y ebria
en la cuerda del trapecio
amado por una artesana nacida bajo el signo de Acuario
soñada como Helena, la de Troya

te supe perdida
y quise abolir la esclavitud
o liberar algún país, pero llegué tarde
se esfumó el ángel cuando nacieron las magnolias
y me sabía transitorio por los alados de los basurales
y profético como la fuerza del jazz
bajo el efecto de los almíbares
o la fuerza de la poesía para el desolado,

el que se sabe perdido bajo los sabores de la amada
donde la poesía hecha vida es un desespero
un grito confundido en la multitud
de una ciudad que disfruto y amo

a ella dejo este escrito
se lo merece quien vivir me hizo
como pasto podrido

en la tarde, bajo esta luz hecha por los desertores
no puedo sino escribirte
desde esta mesa donde la pago caro
con algunas monedas prestadas
bajo el olvido te recuerdo bella
y si no fuera poeta me suicidaría como los fracasados
o los ebrios de triunfo
pero eres la bella que me despreció
y vendrán días de lluvia, oscuranas
y sabré perdonar a quien en otra vida
me olvidó bajo la sombra de los apamates.

pero esta es la hora cuando se abren las flores
aquí todo se deshoja y renace
esta es la brasa creada por los desiertos
donde todo florece sobre esta arena que soy
en este guijarro olvidado
ya no sufro lo de aquel tugurio
todo ha pasado y seré eterno como San Juan de la Cruz
porque soy “un no sé qué que queda balbuciendo”
un cántico perverso como los libros ajusticiados
cuando perdimos el paisaje
y la poesía
recuerdos
puntadas de la aguja en el tejido
fique de labrador, firma eterna,
el amor inocente, el poeta proscrito
y los astros, el polvo de las estrellas
el alfabeto creado para dominio de la tristeza

la cita fue en la ciudad
donde destruí a quienes conocían
las estrategias del guerrero
y no volví a verla,
mis calles y aceras estaban en la memoria
años setenta y ochenta del mil novecientos
ella en la realidad real de no saber el camino
extraviada en las callejuelas
a las 2 a.m. cuando perdí todo
y donde 60 grados de alcohol
toda una noche
son la resurrección del poeta que soy.

vencida por los años
también inclementes
y el labrador aún espera
y tiene frío
y está ebrio
y te recuerda
en el fondo

en un bar.

CANCIÓN DEL LIRIO

*Yo viajé por regiones pródigas de calores
y de olores punzantes y desconocidos
Así conocí la humillación y el desamparo
de una alegría íntima
Así fui amigo de los intratables cuyo verbo
producía el insomnio
Yo pude ser después un eficiente consejero
de los desesperados, de los infelices
para siempre*

LUIS SUTHERLAND

ARS

Nos alimentó el abandono,
las formas de las piedras,

los manantiales secos,

las llagas del desprecio,
algo de la infancia
y algunas infusiones
nos condujeron a la locura,
al origen, al llanto,
también las guerras silenciosas nos alimentaron
las manzanas podridas, los basureros,
la hierba sedienta
y las cigarras cuando anunciaban la lluvia.

Nos alimentaron poetas
salidos del abismo.

FUNCIÓN ESPECIAL

*He tocado los ángeles
que vigilan a los poetas caídos.*

ROBERTO SOSA

Con esa roca y en el mismo sanatorio
tropezamos al llegar.
En el receso del maravilloso laberinto
acampamos y aún persistimos.
Subí la estima cuando fuimos mojados
con la espuma de los grandes basureros.
Allí dejamos nuestra demencia
y perdimos haciendo sombra de box a la orilla de las
aceras.

Parte de la vida fue la preparación para la caída,
pues sabíamos que todo estaba perdido
y todo era una vuelta a la infancia,
sólo fueron cambiadas las señales y las profecías
donde nos sabíamos sometidos por las campanas
del infortunio que lastimaban nuestras manos
y algunas huellas quedaron estampadas.

Ya no eran máscaras del poeta envejecido
en algún carnaval donde fuimos cambiados
por saltimbanquis y pájaros
pues jamás pudimos recuperar lo extraviado.

Perdido el dominio sólo vieron
las sombras de quienes quedaban

pero ya estaban condenados
y expulsados de los grandes paisajes.

Erramos cuando todo estaba logrado en la penumbra,
ya en lo oscuro de nuestras vidas.

Era predecible, también erramos en la alquimia
cuando fuimos manejados por los sueños
donde doblémos el hierro de la infancia,
los resortes que nos unieron con los alambres
en un circo, cuando todos pasaron
y fueron perdiendo facultades, el dominio del cuerpo
y la vida era un oficio donde sólo los poetas sangraban
un aceite existencial de color urbano,
palabras de poetas para soportar la soledad,
cañones, palabras de guerra amorosa,
el desprecio sobre quienes jamás perdimos el manto,
pequeños zagaletos amados
pues nunca fueron responsables con los oficios,
sediciosos amantes, ironía de los dioses, mi palabra
sagrada para los excomulgados
que jamás cumplieron con su deber
y sólo fueron grandes amantes del ocio
como los testimonios de J. V.
firmados en noches de demencia y alcohol
con mujeres de un nuevo reino
conformado en las evasiones clandestinas
al sentir que nada se le agregaba al fuego
a su terrible calor de bosque abandonado,
pero nada debemos reclamar,
son los hechizos del ángel caído
quienes nos acompañan,
los amores perdidos quienes nos reclaman

parte de lo recibido pero aún podemos acordar
para volver al reino donde fuimos sueño,
tragedia, ironía, vulgares títeres de lo cotidiano
donde éramos infelices
y sabíamos el secreto de lo profundo
de la rama de mirto bajo luna llena,
éramos andamios de una construcción sonora,
la palabra humillada por el desconcierto del significado,
que ya no eran válidas para las cosas del corazón,
entonces pronunciamos llantos
que fueron abandonado a mitad del camino
y partimos oyendo el canto de las aves amaestradas
y viendo el vuelo de los insectos.

|

No será el último paso
por este puerto.

Obtuve reinos a través de un espanto,
luciérnagas en algunos albañales
donde me consagré.

Traje para los grandes libros
historias, desechos de los desposeídos
y canté con gestos y palabras
para vencer la humillación
en el velorio donde participaba
y fluí por los ríos
de las sustancias amargas
donde el ruido es sonoro.

Fueron muchos los barcos
que atracaron en este muelle
y partieron
bajo las grandes tormentas.

Todo transcurrió sin prisa,
con oleajes
que destruyeron la edad
de la entrega total

y las palabras fueron brisas,
lugares comunes
en el barrial,
lamento de huéspedes
que entregaron su sombra.

||

Fui a la guerra para defender el reino

no pude
caí como uno más.

—Seré desconocido

dije

Quien lo sepa no visitará mi tumba.

Estuve escondido cuando fueron arrasadas
legiones comandadas por los sueños
para salvarnos de la derrota
y cegados por el resplandor del delirio
fuimos dados a cultivar la poesía
las flores que nacerían en mayo

(en la revuelta fueron saqueados los dueños del circo
y perdimos la orientación de las brújulas
sobre el mar
traíamos de los árboles el verde
la hoja vencida, su caer lento,
la infancia acompañada
por el agua de los ríos

oíamos el canto bajo el efecto
de los adioses

el color de las aguas
trastornaba nuestra visión

y renacíamos en la soledad,
desde el asfalto
de una ciudad
donde el campesino fue poeta alucinado).

y quien pase por mi tumba
sólo verá flores secas, raíces y cizaña
algunas espinas
versos escritos en altos momentos
de ebriedad dedicados a una dama
que se había robado un bosque en primavera
y ahora lo guardaba en sus ojos.

III

Para Ana Karina y Danna

Construimos nuestros albergues
en los jardines

a la sombra de los perfumes
y los ramajes del sauce.

Los astros traían
la lumbre de los desdichados
notas para festejos
pero éramos asediados por el lamento
de los últimos que dejamos
a la orilla del río.

Los vientos llevaban
semillas y flores
del trópico que alternaban plegarias
con las flores rurales
y cantaban historias de comarcas
desaparecidas por la turbulencia
de la ternura.

IV

A la entrada de la ciudad
repartimos las esencias
que llevábamos

creamos aromas
para marcar límites
y celebrar con los paseantes de la noche.

Invocamos conjuros
y llevamos
la flor en el ojal,
la usada por antiguos guerreros
para soportar alucinaciones
producidas por imágenes
de la muerte

sembramos semillas
que nos fueron legadas los días de fiesta

hicimos vanas las oraciones
del prestidigitador enemigo
y fueron anulados los hacedores de la guerra.

Éramos los menos puros
en la construcción de otro reino
y a riesgo de nuestras vidas
rescatamos a los rehenes
que se habían perdido
en nuestra memoria.

V

En la algarabía
de aquellas ciudades
eran confusas las señales

pero teníamos hechiceros escondidos
tras grandes murallas
un mago, colorantes
que producían aromas
para develar a los infiltrados
que venían de los pueblos del Norte.

En el delirio veíamos caer un reino
hecho de vidrio, leímos folios
que predecían algo de la pérdida
de la visión, el amor
y el libre albedrío, de pueblos
que serían convertidos en sedimento
bajo las grandes lluvias,
pero íbamos escribiendo
sobre los nuevos imperios,
sus reinos perdidos
de juglares
que entretenían las noches
para que el tiempo fuera menos miserable.

VI

Di a guerreros enemigos
flores y grutas equivocadas.

Puse en el camino
el color magenta
que dormía
a quienes desconocieron
la importancia del vacío
en el color de las cosas

su insignificancia.

No dieron conmigo
en la derrota.

Fui salvado
por el fulgor de las estrellas
y leí a los soldados
frases de poetas beduinos
que dormían en el desierto

“seremos arena o estiércol
príncipes de un reino inútil,
trincheras armadas en la ternura”

las cartas decían
que nunca seríamos derrotados

pues entrábamos en el dominio
de las piedras preciosas

VII

Me creyeron sumiso
en los barriales pero conocí
los secretos de mayo,

los ventarrones del signo capricornio.

En las trincheras me rodearon
cerca de los arenales
y quebré los espejos
para confundir al enemigo.

Guardé el azogue como secreto
para la destrucción de malos fluidos

pero era seguido
desde una realidad
donde era yo el derrotado

VIII

Los astros no giraban
a nuestro favor.

Cansados estábamos de nosotros,
de nuestra piel, de los sueños
que derrotaron al imperio
que construimos dentro

lejos estábamos de la infancia,

perdimos al hacer
nuestros ritos
en las tardes, en sus redes,
sin la anuencia de los ríos

no en luna llena
como sentenciaba el libro
escrito por los magos

IX

No había retirada honorable
y echamos el resto.

Quisieron emboscarnos
en los grandes arenales
y en las calles de las oscuras
ciudades conquistadas
cuando se desataron las lluvias.

Éramos diestros en trampas
y dispusimos de carpas y lonas
al vernos reflejados en el agua

eso auguraba digna resistencia.

En la estrategia sacrificamos animales,
cueros domésticos,
los primeros en la descendencia

tejimos redes
donde albergaríamos al vencido
si las aves volaban a nuestro favor
pero la fragancia de los astros
no daba tregua y pusimos
a los leñadores en las trincheras

vimos cómo los acantilados
y los desfiladeros
debilitaban al enemigo.

Fatigados por el fuego solar
dimos pasos confusos
en la embestida
y retardamos la salida de las estrellas.
Agotados mis ardides
y argucias
me declaré vencedor
cuando probé un alcohol
añejado en odres
coleccionados por Caronte
y afloraron alucinaciones
al bajar por un río sedimentado
donde conduje la barca cargada
con algunos sobrevivientes
que habían enloquecido
al ritmo del estertor de sus sueños.

XII

Cansado en el oficio
de las huidas y las derrotas
confundidos en el pueblo
hicimos de artesanos.

En las veredas escribimos
letras de canciones
entonadas por cantores pobres
crecidos en la periferia de los barrios
para despistar al enemigo

desordenamos reinos
que enloquecían a los solitarios

y lloraban quienes nunca
habían tenido nada.

Habitábamos un territorio
donde ya no había esperanza,

donde lo necesario

lo utilizable para la vida

había sido destruido
en la infancia.

ESCOMBROS

Borré huellas de mi presencia
en aquellas ciudades

desorienté a guerreros
que pedían mi linaje.

No dí tregua a quienes me delataron
frente a las estrellas
y amanecidos saludábamos en las calles
el fulgor desatado de las sombras
el paso profundo de los ebrios.

Éramos los amanecidos de la lluvia
buscando el significado, la palabra exacta
al atardecer de nuestras vidas
y dejar escrito el juramento de no volver jamás.

No hubo agasajos por las batallas ganadas

nada quedó en los pergaminos donde fueron
escritas las derrotas y los triunfos
—si hubo triunfos—

Dispusimos de espejos
para ver al traidor
y no fueron necesarios fuegos artificiales
a la hora de despistar al enemigo
cuando ella me esperaba ebria
bajo las acacias y los apamates.

Guiado por el fuego de las estrellas
hice cuanto pude en el licor de albaricoque
para dar fuerza al vuelo de las nubes
pero en la confabulación
me cambiaron las cartas y los dados
y perdimos el ánfora, el carbón y las especias.

Nada pudieron los cazadores
contra el rastro de mi memoria
Tampoco los sabios que apostaron
a la doncella y perdieron sus jornales
bajo grandes laboratorios
donde creaban la cizaña y el desagravio.

En el juego de azar
arrasamos con los soberbios

pues el implacable mago no daba tregua
sobre sus dominios.
Hizo que la calenda cambiara el rumbo
de los desposeídos,
el camino para guiar a los alucinados.

El águila no dio con mi ubicación
tampoco eran míos los dados cambiados
bajo la intermitencia de los relámpagos
y los designios del tarot.

No extrajimos agua ni frutas
de los pueblos liberados.

Supimos de hechiceros
que quisieron cambiar la realidad

y de los alfareros
que inventaron el filo de las espadas
de algunos mercaderes
que vendían cartas marcadas
para quienes se habían marchado de sí mismos
dejando grandes rasguños al final del epitafio
pues sabíamos que perder los recuerdos
de cuando florecieron las acacias
eran signos de una derrota humillante
y aunque fuimos salvados en una edad sin tiempo
ya era tarde para la venganza.

Quizás era la venganza de los linajes perdidos,
—si hubo linajes— y el secreto
para mi protección fue el olor a tierra
algunos gestos relacionados
con el amor, frases de la infancia
y la confianza que le daba a la caminante nocturna.

Entonces me aferré a la lectura de profecías
como forma de encuentro de los enamorados
y para uso de próximas batallas
puse fe en un guerrero
que era diestro en cetrería
y aprendí de las aves,
la forma y el misterio de su vuelo.

EL CONTENIDO DE LA SEMILLA

Sentí el desprecio y decidí batirme
por el contenido de la semilla.

Hice pacto con dalias y jacintos
fuera del refugio
cuando no quedaba oportunidad,

hice el pacto a la sombra
de la desesperanza.

Jamás pensé en la derrota.

Me hice diestro en artimañas
para defender a la elegida
sabiendo que el canto ebrio era indestructible
bajo la brisa cuando el zodiaco me auguraba
triumfos, placeres y celebraciones.

Sabía que luego de la batalla
no habría otra oportunidad

entonces entregué mis señales
di consejos a herederos

a los herederos de la poesía
sobre la importancia del 7 de oro
en el juego de ajile y
y la repartición de la miel en el enjambre
cuando éramos abejas

pero habían profetas infiltrados

sabían

que la batalla estaba perdida

y nada nos dijeron.

EL CANTO EBRIO

Perdimos las coordenadas
a mitad de la vida.

En medio del torbellino
y bajo los efectos de mi discurso
nadie quiso regresar.

Bebimos el vino
que guardábamos en el ánfora
y nos recordamos jóvenes

las noches del prostíbulo.

Destruídos por la demencia,
los vicios y el fracaso de no haber
logrado un sueño
sentimos que todo había transcurrido
sin horadar los panes en el horno
y recordamos amigos
de la infancia y adolescencia,

a quienes no vimos nunca más.

Sentimos que detrás de la memoria
todo estaba perdido
que terminaba el verano
y quizás no habría invierno
pero aún teníamos el cuerpo
salpicado del barro

pensamos en la tierra que nos albergaría

si seríamos leyenda
para prestidigitadores
que hacían las veces de cronistas
sin conocer los misterios de la palabra
usada por los poetas,

recordamos que somos hechos de agua,

que nos regíamos por los elementos del zodiaco,
las copas, el vicio
y los fulgores del ocio
que construimos en las ciudades
para nuestro entretenimiento
y fundamos casas de juego,
tugurios para bien de generaciones venideras
donde se refugiaban
algunos desertores, mercenarios
y espías de guerra.

Bajo ociosas ebriedades
glorificamos la poesía ya que este era el oficio
de grandes vagos y guerreros
y salíamos a campos de batalla
bajo el influjo de esencias
y humos antiguos
para celebrar con bardos
y vagabundos
el oficio de los perdedores,

habitábamos el sueño para cambiar
poesía por cerveza en algunas tabernas

bebíamos hasta el infinito
y deseábamos damas venidas del arco iris.

Como entretenimiento hicimos la guerra
y la ebriedad nos hizo cómplices
y jugábamos con los tahúres de acuario
y dominamos a los reyes de las barajas.

Perdidas las coordenadas no habría regreso.

Pensamos en la infancia
el temor a escribir sobre flores,
moras y azucenas
sobre el grito del inocente de las montañas
donde era yo poeta de estirpe campesina
aparecido bajo grandes tormentas
para sobrevivir en los certámenes
de tiro al blanco
y amar la belleza última de estos parajes

amado poeta de Las Labranzas

acompañado por las esferas del Universo

esta desesperanza y los meteoritos, poeta

loco por el sonido del Big Bang

la gran explosión del amor

y dije:

—pudimos ser justos, honestos
cuidar los ríos, los árboles

pero las coordenadas estaban perdidas

y el poeta ebrio
pensó en el libro de la venganza

el que predecía este canto
y auguraba que quien no perturbara
el vuelo de los pájaros
caería bajo el fulgor de los ebrios

tendría vida eterna
como los amigos que bebieron conmigo
en las tascas de Sabana Grande
en los ochenta

cuando mi único trabajo
eran las resacas
los lunes bajo cuarto menguante
cuando floreaba el malojillo

y quise leer los libros
que me escribí yo mismo

pero el marxismo me enseñó
cómo sostener las escaleras
y recordé a los *hippies* de mi generación
antes y después de la guerra
los indios devastados
y quisimos hacerlo todo como los antiguos
que la vida fuera poesía

o sacar vida de la poesía
pero era tarde para verificar los colores

la diferencia era nacer en los jardines
de la gran montaña
y en la ciudad no haberse doblegado
al influjo de los rayos
ni las tormentas

el haber permanecido fiel
a las rústicas piedras
que he guardado en mi jardín
por su verde color
en las tardes de lluvia.

PAPELES DE OCIO
(1986)

*Noten cuánto descuido reina en estos lugares.
Así los días de mi vida. No fue más. Ya no podrá serlo.*

ÁLVARO MUTIS

|

Un hombre
el cabello vuelto hacia atrás.

Habla.

Queda ante la bóveda
lleno de asombro.

Es el cine mohoso
de una ciudad destruida.

||

Quise ser gran jugador.
Viajar en barco,
ser dueño de ruletas,
rodeado de mujeres,
llevar dardos cargados
y barajas en los bolsillos,
pasear por países de Europa
y el Caribe.
Quise ser el tahúr de la noche.

No este ciudadano.

III

También he visto
Barcos olvidados en los puertos.
Noches donde los hombres
Han vivido en alcohol.
Jóvenes buscando amor
en bares y prostíbulos.
Mujeres perdidas en sus sueños.

Y he quedado atento a la vida.

IV

Ahora deajo este puerto del país del Norte.
Me llevo sueños de mujeres que me amaron,
historias contadas por viejos buscadores de oro,
la soledad de mis compañeros.

Veoo calles por donde pasé tantas veces ebrio,
el suburbio, los faroles,
algunos gatos por los lados del basurero,
vendedores que ya recogen,
oigo el murmullo de sus perros.

Ya no seré más el pasajero que durmió
en estos cuartos vacíos, esperando, solo,

víctima de mi nostalgia.

V

Un poeta de mi generación y yo
en medio de la podredumbre.

Avenida Baralt arriba, 1 de la madrugada.

Conversaciones sobre Trotsky y el viejo Stalin,
el Mayo Francés —huesos roídos por los sabios—.

Abiertas todas las ventanas de la soledad
y la tristeza de una década rumorosa.

—Desquiciados caminantes de esta hora,
déjennos tomar las últimas cervezas del amanecer
hablando de Las Fresas de la Amargura
y de algunos amores olvidados.

VI

Arde mi corazón en el centro
de esta ciudad de América del Sur.
Pasean prostitutas y mendigos.
Abogados con agendas bajo el brazo.
Mis ojos poseen sólo este paisaje y he tratado
de ser una roca, no este papel tirado en la calle.
Saludan algunos jóvenes destruidos
—pastores sin ovejas en mi país—.

Dejo mis pasos ante esta alambrada.

Me alejo pensando cómo será ahora en los suburbios
de San Francisco o en algún rincón de América Central,
pero sé que todo esto no son sino vanas palabras.

Parezco una taberna en ruinas que ya nadie visita.

VII

Entre las obstinadas reverencias
y las impacientes escenas de la vida
veo a Marilyn como un sueño suicida
corriendo por las calles de Los Ángeles.
Los últimos films de un jugador de taberna.
Algún actor de Hollywood durmiendo
en hoteles de América Latina,
escenas de *gangsters* en cines de los suburbios de Caracas.

Locos y vagabundos de la pureza.
Toda esta gente, ciudad marchita y dolorosa
durmiendo solos en pensiones como boxeadores
derrotados,
llevando bosquejos de rosas desheredadas
y el alba de todos los amaneceres.

VIII

Voy por esta calle, solo, hablándome.
Me oigo tras una barrera
y dejo de ser convertido en un animal que transita
los mediodías de una ciudad perdida.
Levanto los ojos, observo el paso de los carros,
conversaciones de jóvenes oficinistas
en restaurantes y aceras,
damas luciendo el último traje.
Vuelvo por la esquina de San Francisco
y duermo mi pasado en un ataúd.
¡Oh América reflejada en mis sueños!
Veo tu catedral
y nada me dice del presente.

IX

Llevo los sueños,
largos pasos en la noche por las últimas calles de Caracas.
Mil bares recorridos, una que otra aventura.
Hablando con alguien sobre Kerouac,
la generación más dulce del Norte.
(No visiones de Instituto Hoover
sobre la guerra y la paz).
Hemisferios cerrados en busca de una fuente,
miradas claras, algún fragmento de lo que hemos sido,
algún poema corto dicho en el tiempo,
caminando todos sobre arena reseca
cuando nuestros cuerpos se doblan,
buscando volver.

X

A Marco Campos

Quizás no haya muerto
y esté sentado en algún banco
de esta ciudad
y amezca hablando con alguien
sobre el devenir de mi país.
Quizás mis amigos se hayan marchado
para algún lugar de Europa
y no me quede sino vagar solo
sabiendo que la eternidad
es un pequeño instante.
Sabiendo que la razón
no será otra en estos paisajes.
Entonces no me quedará sino entrar
y beber un trago de vuestra compañía.

XI

Yo, viejo marinero de guerra
expuestos a las soledades,
dejo crecer mi barba y mi pelo.
Me siento en la taberna y converso
conmigo mismo sobre lo que fue mi pasado.
Me doy cuenta que han entrado
antiguos camaradas sin reconocerme.
Entonces siento las olas que habitan
frente a mí como la gran derrota.
Me doy cuenta que perdí la alegría
en la última guerra, que sólo me queda
una habitación donde amanezco cada vez más triste,
sintiendo el paso de los días.

XIII

Después de todo me queda la gloria
de no haber tenido nada,
sólo diálogos en mis habitaciones,
noches, ciudades, un susto
dentro de mí, sueños,
bellas mujeres adornando mi casa,
claras sombras en las estaciones,
regresos perdidos a las horas de gracia.

Después de todo no me queda
sino morir tranquilo,
recordando mujeres que me amaron.

XIV

Ahora me queda volver,
dejar atrás los gestos
que una vez nos hicieron.
Quedan todos estos años por delante,
algún hecho asombroso que me hará inmortal
o me lleve al desastre,
cartas de viajes.
Alguien invocará la gloria.
Para este tiempo ya mis versos
serán otros, o no serán.
Habré desaparecido y quizás no visite
los mismos lugares ni les lleve mis palabras.
Mis amigos habrán muerto.

Será como nunca haber nacido.

XV

Cuando todo sea ceniza
y yo sea cómplice
de la arena en los ojos
y le dé manotazos a la muerte
y sean los lamentos bocanadas de humo
y juegue a las cartas
para decidir,
estaré perdido dentro de mí
con las fauces abiertas
y los últimos esputos del siglo.

XVI

Quizá nada
detenga este cuerpo.
Ha sucedido algún silencio.
Alguna queja, casa destruida.
Dejar todo perdido
en esta ciudad.
Ninguna esperanza.

Será como regresar
y ver nuestra estatua abandonada,
no ha sido sino un largo viaje,

quizás repetido.

XVII

También invoco lo cotidiano
y me veo caminar
en la noche las calles de mi país,
lento, buscando reposo.
Aquí tomo apuntes como un pasajero más
y veo el pasado donde dejo
de ser sombra
de algunas conversaciones
entre los vivos y los muertos.
Aquí recuerdo que también
quise ser otro, pero ya ves,
todo ha sido inútil.
Nadie perdonará esta vida
que ha sido sólo desorden.

XVIII

Esta sombra queda,
esta última reverencia.
Nadie auguró palabras imposibles
ni el diálogo en sus noches,
ni esta luz que comenzó
y terminó dentro de mí.
Ya me escondo, fiel,
afirmando el hoy,
el mañana,
toda la fiebre de vivir
en uno mismo
y ni siquiera veo
una duda
al dejar tanta sombra mía
entre estos espejos.

XIX

Quizás no tumbe a Jean Claude,
gobernador de las *altas montañas*.
Quizás no viva el verdadero poema de amor
y no viaje a la India
ni visite París
y no practique el budismo
ni me suicide a los cuarenta años.
Quizás no sea el poeta afortunado
de mi generación,
pero estos versos serán
piedras y golpes lanzados
a los rostros de la vida.

XX

Vivo en este puerto
de América del Sur, viejo,
mirando barcos que se alejan,
que llegan.
Reanudo viajes en mi memoria.

¡Tantos mares recorridos!

Soy un viejo a quien sólo le quedan
recuerdos de la última guerra,
que piensa si es posible la otra,
si ya comenzó.

Ya no me quedan más que estos huesos
y nada que perder.

XXI

Es tiempo de abordar el tren
y dejar viejos camaradas.
Tiempo para dejar la noche
tan sola como vino.
Es tiempo de oír una canción
a oscuras en estas habitaciones.
Tiempo de vernos en los espejos
y notar que hemos cambiado.
Tiempo de recordar la mujer
que estuvo aquí y no volvió.
Es tiempo para dejar este paisaje
y saber que un día despertaremos
al otro lado de la tierra.

XXII

Acaso sea lo que me queda de París:
amplio de corazón y un poco triste,
ruinas a orillas del Sena,
amante de bellas señoras en las noches,
gotas de licor, albergues, barrio latino,
náufrago y volátil, llamas prendidas de América.
Acaso sea lo que me queda de París:
pretensiones, ruinas, fama y desiertos.

XXIII

Nada son estos años
que llevo
en esta ciudad.
Ocio y costumbres,
pensamientos,
la idea de un día terminar.
Soy mi último refugio
y doy vueltas
entre uno y otro sueño,
entrado y perdido en los años.

XXIV

Largos trenes pasaron por aquí.

—Déjenme en esta estación,
aún falta mucho tiempo.

Mientras, entraré al bar,
hablaré solo, conmigo.

Seré digno de mí recordando
viejos camaradas que siguieron,
amores de adolescencia perdidos
en una casa injusta.

Vendrán trenes de regreso.

Quizás al salir ya esté en paz.

XXV

Vuelvo al día luego
de haber contemplado la noche.

Llevo en mí los andrajos
y siento eternos mis gestos.
Entonces ser un gastado cigarro
en sus cenizas,
una palabra olvidada
o algún mendigo que duerme
en los bancos de la ciudad, esperando.

Han sido muchos mis pasos sobre la tierra.

Estos no es más que una gran casa,
una memoria repetida.

RASTROS DE CIERTA MEMORIA

Me he perdido en estos escombros.
Atrás, caminos por donde hemos pasado,
algunos puertos conocidos, amores y mujeres.

Todo un pasaje de olvidados.

Hoy mi encuentro ha sido esta ciudad
que siempre llevaba y estoy en su fuente,
largo tiempo, sombra y pasajero de mis pasos,
absuelto ante lo que queda,

sin pensar que el final serían
manotazos de la alegría perdida.

ORACIÓN

El paso de los años
me vuelve río seco,
delicada cicatriz del tiempo.
Me vuelve suburbio donde
ya no transitan jugadores,
delincuentes ni prostitutas.

Gramma crecida en mi cuerpo.

Quizás sólo me falten
algunas palabras
para la eternidad.

SIGLO XX

Desde la barra de la taberna
converso con mi sombra, escucho el silbido
de los ausentes, los que quedaron a ras de viento
y a la mujer de mi memoria
(estoy en el siglo XIX, mediando entre Rimbaud
y Verlaine, ambos cabizbajos y amantes
con su locura entre las manos)
mientras mi generación es otra, siglo XX,
en su corbata y oficina, música perdida,
una guerra en su corazón
y nada que decirle a nadie.

ALGÚN DOLOR

Soy el marinero
que regresa a su pueblo,
ya destruido.
Adaptándome al paso del tiempo.
He resistido quedarme solo,
recordando la vieja familia
y algunos amigos.
Me doy cuenta
que soy esta sombra
y no puedo ser otro.
Sólo queda dejar
que corran mis años.
Pareciéndome cada vez menos
a lo que fui.

SUBURBIOS

Ahora estoy cerca del comienzo,
abrazado al cuerpo que tiembla de poesía,
entre escaleras y tugurios venidos de la noche,
perdido en la multitud, blasfemando de los gobernantes
en las puertas de los grandes edificios,
recordando al Morocho caído entre las sogas
como una dura estética, viendo la trampa
de países que mandan misiones de paz
a la región del desamparo, viendo la locura
en las madrugadas por las calles de Caracas
donde el humo y la botella sobre la mesa
del amante olvidado
es la vía de los puñales,
las barajas y las maldiciones.

BURÓCRATA

Vedme lanzado mil veces contra la pared,
estrujado como el pan y el vino,
como algún cigarro en la madrugada.

Vedme caminar por las calles, nutriéndome
del aire fatal, desordenado como pasajero
arrojado a la tormenta.

Noten el descuido que me rodea,
el descalabro, sin embargo, así siempre
la vida así los años,

míos solamente.

POÉTICA

En mí no está lo objetivo o subjetivo,
lo ortodoxo o heterodoxo.
No hay una atmósfera inclinada
ni un círculo trazado en el aire.
En mí está el dolor de la llegada y la partida,
el loco que soy y la calle,
la vida, la muerte, los amigos,
la soledad y algún amor.

POEMAS DE AMOR

|

Ya no puedo
esperar como en otros
tiempos.
Es preciso acomodar
algunos escombros
y seguir.

||

La mujer que me ame
será bendita.
Confundirá el día
con la noche.
Tendrá este poema
y me soñará viejo.
Verá la tristeza de mis ojos.

Vivamus mea Lesbia atque amemus.

CATULO

Levanta el polvo, el agua de esta ciudad.
Repite mis setecientos nombres,
camisa y *blue jean*, alcohol de capa y espada.
Mueve el peón y cubre al rey del jaque mate.
Dime corona de muertes, nómbrame en la oscuridad
con el sexo en el fondo de la copa.
Instiga a los puros en mi nombre.
Celebreme en la palabra roja.
Dime suburbio o bisonte, perro de la tormenta,
pero ven y brindemos antes de la muerte,
mujer que amo.

AÑOS SESENTA

|

Después del monte y el ácido de los años sesenta,
a los cambios de luz en las avenidas
gritos lejos
y juegos enloquecidos,
despertamos veinte años después
en un *living room*, dementes,
desarrollando, mínimo, 400 km/h.

||

En los años sesenta conocí a los *Beatles*,
Rolling Stones & Iron Butterfly
Pasada la furia todo fue calma y tiempos dolorosos,
retornos de Europa calcinada y derrotada.
Nos quedó un Lennon durmiendo en el jardín
de los salvajes, la locura de Burroughs,
gritos en el salón, algunos discos tirados en las cajas,
botellas de anís y las cenizas del tabaco,
Janis Joplin como una nota en el desierto.
Caballos galopando en áridas sabanas.

Nos quedó
esta resaca insoportable de la vejez.

III

He reconocido mi dolor
al encontrarme hoy conmigo mismo.
Me doy cuenta que sólo me queda este cuerpo deforme,
algunas cosas que he olvidado.
Ya no poseo el argot de los años sesenta.
Ahora soy alguien que teme a la muerte,
que habla en algún bar apasionado de América
y de las generaciones perdidas,

ya un poco demacrado y triste.

IV

Un día mi país
no será llama neblinosa,
tampoco estos años que se alejan
ni novia abandonada.
Todos recordarán
—calle abajo—
esa dama escandalosa
de los años sesenta.

V

Los años sesenta fueron ráfagas
de óxido en la vieja disciplina neoclásica.
Caballos pastando en los desiertos de la muerte.
Algunos lirios en el jardín de mi casa.

Hojas quemadas.

Marihuana y música rock
en las calles de California.

Toda una tierra violenta.

En los años sesenta
Venezuela era una piedra clandestina
que llevábamos en el corazón.

VI

Ahora dejo correr el tiempo.
Mis fantasmas son las visiones
de algo que perdí:
infolios de mares,
estampas de una cólera,
canciones de los viejos Beatles,
caballos salvajes de la imaginación,
una mujer llamada Itza
en los años sesenta.

BOB DYLAN

A Juan R. y Luis Z.

Bob Dylan conversa bajo las tablas
sobre Woodstock y la generación perdida.
Señala hacia América del Sur
y llora la locura del Norte,
fiel al agua despiadada,
a los tubos de la incineración,
imagen de tabaco y luz intermitente, Dylan,
gorrión a la sombra del ácido.

—Te esperamos en la esquina.
Vístete de gala y llévala como siempre
que Rimbaud y el Chino Valera estarán con nosotros.

ROQUE DALTON

Roque Dalton muerto
desde el centro de su corazón.
Agujas destiladas
reconstruyendo América.
Es otra lágrima
volviéndonos reflejo
de esta vastedad
cuando la sangre es un río
que trae las últimas piedras
y no hemos terminado
este camino de fatiga.

TASCA DON SOL

A Doris y Carvallo

Con el veneno que en mí vive respondo:
mi sueño ha sido un desierto
y me he visto caminar por las calles de California
junto a la *Beat Generation*.
(Burroughs muestra el ácido
y su jeringa, Ginsberg repite no tener nada
y lo ha dado todo, Kerouac camina borracho
por las calles de San Francisco)
La muerte queda a un paso, apenas comienza la noche
y estoy solo en Caracas, calle La Puñalada,
Tasca Don Sol, viendo cómo pasa la vida.

EDUARDO SIFONTES

Puede que me detenga y te vea
caminar glorioso entre santidad y dolor,
abriendo puertas y ventanas,
bebiendo el último vaso,
pegando el grito en tu locura atómica,
sin más benevolencia que Dios
y esperando a tus muertos en la flor.
—Nada tendrás que ver con el Infierno
ni la casta oficial.

TÚ

bendito poeta entre nosotros
ahora y en la hora de nuestra muerte

AMÉN.

IMITACIÓN DE MANUEL BANDEIRA

Así querría yo mi último poema:
Acostado en este jardín, viendo el paso de las estrellas,
repitiéndome, observando siempre sobre mí,
luego de haber abjurado de quienes se llevaron mi país.
Un poema que me recuerde, donde esté
viendo todo tal como viví,
lejos de la academia y oficialidad.
Un poema no original, que me hable de la mujer,
la calle y el puerto que en mí vivió.
No querría otro poema diferente,
sí un final que tuviera tres rosas
y una botella de coñac.

RUIDOS DEL INICIADO
(2009)

*Duermo en hoteles de putas
y escribo estas cosas
en la mesa de un bar
mientras bebo
fumo
y reviso
entre los sueños y la memoria
el mundo irreal y feliz de ayer
de hace años.*

EDUARDO ZAMBRANO COLMENARES

ESTA CAL

Pude ser transgresor
payaso para niños en un circo pobre
encantador de serpientes
orfebre en algún pueblo olvidado
de estas regiones
amante de la reina de copas
en los grandes prostíbulos
caballero de la corte británica
prestidigitador
mago en alguna caravana de gitanos
guía de turistas alucinados.
Ser tratante de blancas
en algún puerto del sur.
Pude ganarle por KO, una noche,
al mejor de mi peso
en el Madison Square Garden,
jugarme la vida con astucia,
en buena lid, por aquella dama
de caderas extensas
y no ser esta fantasía loca
de escriba reprimido y ebrio
al final de la noche.

¡Oh hechiceros de la infancia!

Cuánto queda de eso:

Vestigios del jardín
en la montaña,
un alma cruzando los desiertos,
gambetas, mensajes cifrados
sobre el residuo de los árboles,
danzas de amor en el entablado,
un loco vagando por las ciudades
entre cervezas, poemas
y el barranco de la vida.

Los días
me devolvieron
como al viejo boxeador
derrotado.
Algunas cuerdas
aguantaron mi caída.
Allí engrasé los pasillos
de la soledad
soportando en las sogas
y dirigiendo el timón del tiempo,

la espuma esparcida por mis huesos

Indelebles troncos
bajo el signo de capricornio.

La rosa que cultivé
en la infancia
no fue siempre una rosa.
Creció y se volvió grillo
en los bosques
y se volvió ave,
aire en los caminos,
humo y alcohol en las ciudades
y adornó la tumba
y cubrió mi epitafio.

Puse mis palabras
en la desolación
y los placeres
deseando un amanecer
con amantes
bajo un cielo límpido
encontrándome
perdido al alba
rastrillando mi piel
en el verano
sobre botellas vacías.

POÉTICA

Fui destinado a figurar
entre los líricos de mi patio,
escribir palabras conocidas
en otras aldeas,
aparecer junto a las abejas
que tocaron los cuerpos amorosos
y celebrar con los beodos
recitando poemas para encender
la vida, los días bajo la lluvia
llevando cardos y la espuma de Vallejo
sobre el tornillo oxidado de los días.

CELEBRANDO LA NOCHE

I

Acaso una taberna
abandonada,

sola,

una imagen
pasajera.

II

Fui al cadalso
con la resaca del ebrio
y su pecado.
Vi a los jueces señalando
y sonreí
al subir la escalera.

III

Soñar un pantano,
un río,
ver árboles,
piedras,

el reino perdido
en las pensiones,

oculto en los bares,

bajo sus luces.

IV

Escarban los hombres
en los tugurios
antes de ser tizne
en el horizonte,

hoja quemada,

casa de barro,

ausencia,

solo,
en la sombra.

V

Su ocio fue un jardín
en las pocilgas.
Desde las barras
de las tabernas se emboscó
hacia el asfalto,
la mujer solitaria
y el alcohol,

celebrando la noche,

el roce de los cuerpos.

VI

Sobre estas calles bailé,
en aquellos hoteles
dormí el sueño de los abandonados
y pasé las resacas del desprecio.

Aquí vi mis cabellos
encanecer ante las aguas
y toqué las celosías de la noche
con poemas de la vida ebria.

VII

Todo se habrá extraviado
en los caminos.

Perdido, verá las hojas,
sus manuscritos.
No habrá más vino
al amanecer.

Verán sus ojos
la débil materia,

algo de un abismo.

VIII

Más allá de la puerta cerrada
está la sombra
de quien ve su rostro envejecer
ante los espejos.

Hojea manuscritos ocultos
y sabe de la muerte
y sabe de la soledad
en los cuartos
y ve hacia el polvo
ebrio y sudoroso
y aún consciente brinda
por los crepúsculos
que conducen a la ceniza,

por las batallas perdidas.

IX

Que esparzan mis cenizas
y las botellas de vino
sobre esta ciudad, también mis libros,
ellos fueron escritos en sus entrañas
y mi vida enriquecida en las tabernas,
junto a vagabundos y excluidos de la vida.
Que me recuerden sus mujeres
amadas fuera del Paraíso
y que otros brinden
en mi nombre, una noche,
en una de sus calles solitarias
cubiertas de escombros,
bajo la luz de sus lámparas.

RECUERDOS

I

El desprecio,
algunos aromas,
flores secas al caer el sol,
agua en el aljibe,
en los ríos que vienen
del olvido.

Caminos cubiertos
por la maleza,
la cizaña hecha ceniza
por la canícula,
el grillo devastado.

II

El viento
que tocó mis ventanas,

pocilgas,

luces de neón,
chatarras, asfalto,
grandes edificios.

Sólo algunas flores secas
guardan secretos
de las aves.

III

Los años,
el ocaso visto
desde los acantilados,
mi figura caminando
por las calles,
el amor bajo sus luces,
el lino heredado,
sus hiladas,
los reinos perdidos,
el desprecio en los salones,
su luz brillante, golpeada,
los cueros sonando
en los suburbios,
las entradas y salidas
de las prisiones
y de los manicomios
por la puerta de atrás.

IV

...un espejo roído,
sin azogue,
olores pestilentes, excrementos,
escombros y orines,
hierro palpado por mendigos,
mujeres en un ir y venir desesperado,
químicos y alucinaciones,
restos de algún fumador,
orinales y lavabos amarillentos
por el fluir del tiempo
y el deterioro de la materia,
algún recuerdo de los cuerpos manoseados,
la desesperación de lo perdido

algo de tristeza.

DELIRIUM TREMENS

*A Jaime Betancourt
A Erasmo Fernández*

Al regreso de sus tumbas
los poetas malditos me siguen
para tomarse mi alcohol
y fumarse mi hashish.
Ellos envidian mi locura.
Yo los evado por los bares
y los prostíbulos, cruzo
mezclado entre sus ruinas,
por los basureros,
bajo los puentes
y fumo y bebo
no toleran mi desprecio
me escondo, camino
y encuentro
a Edgar Allan Poe en un bar
de la ciudad, ebrio, alucinado
y loco sacando una carta arrugada
del bolsillo y la estira, la lee
y se oye a sí mismo
y se lamenta y me ve
y me dice en voz alta:

“Julio, te fueron cerradas las puertas
del poder y no visitaste las tabernas
ni los burdeles de Pompeya,
pero fuiste rescatado

por las putas de la Av. Baralt
y el Nuevo Circo, en medio
de grandes ventarrones
y polvaredas”.

Mientras, los poetas,
Villon, Rimbaud y Baudelaire
seguían allí, con sus grandes ojeras,
ebrios y vigilantes, siguiendo mis pasos,
esperando en la puerta mi excomunión
y cubiertos con sus capas negras
me llaman desde el fondo
de sus tinieblas.

Hice ligero el derrumbe
y dirigí el naufragio
sobre el resto de mis días.

Brindé y recordé
mis años vencidos,

insomnes,

implacables.

El viejo púgil, en su desamparo
sintió las semillas
recogidas en el desierto,
bailoteó
y retrocedió mareado.

(Soltó los guijarros y hojeó
el álbum
de sus grandes glorias,
los *rounds* de sombra con la vida,
cejas, ríos pulverizados,
salones dejados atrás,
trofeos cubiertos por el polvo,
orejas, cicatrices del alba).

Perdido el equilibrio
el viejo púgil dobló las piernas
y cayó sin querer nada
a no ser apoyarse en una cuerda
y esperar la cuenta regresiva.

Roído el traje
que nos pusimos para la fiesta
la fortuna fue adversa
y violentamos el ciclo de las aves,
su ruta más antigua.

Nada nos pagaron por la lealtad
y usamos sus puertas
y tocamos sus ventanas

pero el poder y la gloria
nos estaban vedados.

Entonces en los parajes secos
fuimos labrando la piedra
y de sus canteras sacamos esta cal.

POESÍA Y VIDA

*En el fondo de mis sueños
Siempre te recuerdo cuando amanece.*

JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

*...llévate todo
lo que hicimos
en el alba
cada paso tuyo
resuena en mi desorden
y te amo...*

LUIS CAMILO GUEVARA

LETANÍA

Alba del anochecer
rocío del dolor
perfume efímero de los sueños
galaxias rostros espejos antiguos
vistos en la soledad
objetos del olvido en la inocencia
en el viejo idioma del amor
rompemos el sueño
y la locura se liga al desprecio
como poetas bajo el signo del amanecer
orfebres de la gleba
rebaños amados por los beodos
al vivir la muerte en los rostros
sólo la poesía el diluvio de los mares
en el desierto los ángeles libres
príncipes del ocio ebrio bajo el toldo
de los beduinos
creados por el humo del sueño
o amores descubiertos la misma arena
el ruido del alcohólico
bajo su inocencia los poemas
perdidos en la ciudad
aquella
donde nunca más nos encontramos.

CARTA SUBVERSIVA

Guardo los diccionarios que dejaste
para revisar mis poemas,
el libro de francés,
una escuadra de 45 grados
parecida a mi vida,
los CD de Mozart y Vivaldi,
el recuerdo de las calles
y las tascas donde nos encontrábamos,
veíamos hacia el infinito
y jurábamos para siempre.
Aunque no lo creas
guardo el lápiz gastado
con el que escribí tu nombre
por primera vez,
aquella biografía de Marx
donde me pusiste te amo.

IMITACIÓN

Supe que no eras para mí
y me fui al bar más cercano
y brindé fondo blanco
por mi vida tan perra
y me emborraché
y di patadas al piso
e injurié mi destino
tan mísero,
tan perdedor,
tan falto de gracia.

Hablábamos y bebíamos en las tascas
eras tan real como el comienzo de la vida
y estabas allí en el centro de mi universo
y te amaba y te sentía mujer desde lo profundo
piel color de piedras griegas
reina de este escenario
me gustaba imaginarte paseando por la ciudad
entrando a los restaurantes y tiendas
viendo las vidrieras tu reflejo
en los cristales sus dientes ovejas sobre la tierra
caminando por los andenes del metro
en un tren extraño lejos de estas costas
esperando que alguien saliera para entrar
oyendo a Bob Marley en su compañía
nacer desde dentro de ella
sentirse uno y único en el mundo
sabiendo que eres quien propicia
la guerra de Troya
y crea los elementos de la tierra
pero eres tú esencialmente
y las cartas que me escribiré yo mismo
mañana en la soledad recordándote.

Eras la dama de la lluvia
sobre mi niebla, un hechizo
entre dos estaciones, otoño y primavera,
luz obnubilada de ciudad.

Ahora la soledad es una tasca abandonada
y te recuerdo en medio de la multitud,
en esta playa donde nos vimos la última vez
cuando bebimos en el mismo vaso aquel vino
y te traducías en agua y granito, en el olor
de la sombra en las tabernas del muelle,

donde todo fue el final de un viaje
que nunca emprendimos y donde la palabra olvido
se va transformando día a día en un indefenso bosque
mientras, en altos momentos de ebriedad veo
el horizonte y me inclino al ritmo de la cerveza
para soportar el golpe, pensando que aún quedan
noches y días donde debo soportar el nunca más

DIALÉCTICA DEL AMOR

Nada perdura,
todo se transforma tal
como lo manda la ley
y ojalá no fuera así.

Estaríamos aún en el origen,
cuando nos conocimos,

viéndonos, hablando

sin saber nuestro destino,

tú, en otra ciudad
leyendo este poema
y yo, aquí,
ebrio,
recordándote.

AMANTE

Salí ileso de las guerras del siglo XX,
del desprecio y la humillación.
El hambre no hizo mella.
Ileso salí del frío,
de los calores
y los temblores de la tierra,
de los tugurios donde apostaba la vida.
Sobreviví a las tormentas del Caribe
y el deslave de los ríos,
del peligro en las ciudades,
las radiaciones nucleares
y los desechos de guerra.
Ileso salí de los libros de autoayuda
y metafísica,

no de tus brazos.

En la fatiga del camino,
al paso de los abandonados
brindo por los vidrios rotos,
el frío y la ceniza
que me acompaña.
Brindo por el verso callejero,
este que canta,
te recuerda
y ve caer la lluvia
una tarde,

mientras bebo.

LA MUJER QUE NO ES AMADA

*La mujer que no es amada está perdida*³,
sola, vivirá en las ciudades o en los pueblos.
Caminará por las calles
y se verá en las vidrieras de las tiendas.
Sentada en un parque recordará, verá pasar
a la gente y se hará preguntas en silencio.
Será tierna en mayo, cuando las flores aparecen.
Se escribirá cartas y deseará amanecer
en cuarteles de invierno
junto a soldados ebrios.
Recordará a quien alguna vez
posó su mano sobre la suya y fue rechazado.
Leerá graffitis en alguna pared.
Se acordará de su niñez
y adolescencia como una calle larga.
Hablará sola en las tardes de lluvia
y sus palabras transcritas
a una lengua triste
cuyo secreto para descifrarla será
haber sido elegido de los sueños
y las reinas de copas.
Recostada sobre puertas antiguas
tocará las celosías.
Sola, vera envejecer sus ojos.
No escribirá un diario
y sus palabras se perderán
entre bosques y ríos.

3 Entrevista a Coco Channel

Olerá a mora y a hierbabuena,
a algo de olvido.
La mujer que no es amada está muerta.

Me veo cruzar lejos,
mi cuerpo se disuelve en la niebla
del amanecer, lejos de ella
y de mi origen.
El muelle donde viví
fue olvidado y destruido,
ahora es oscuro.
Fueron cortadas las amarras
y sus barcos anclaron para siempre.
El tiempo pudrió las maderas.

POESÍA Y VIDA

Las mujeres que amé
son mi ganancia.

Están en mí
y nadie
sabe que están.
Encantadoras tormentas
que pasaron por este puerto
entre hoteles, playas y tabernas.

Hoy las recuerdo igual.

Son los poemas que viví.

RUIDOS DEL INICIADO

*Caía sobre mí mismo
y amaba mis fracasos.
Sentía el placer de ser otro
que escribe un poema sin principio ni fin
alerta por si viene la muerte y revienta
mi pobre y útil reino del cuerpo.*

JOSÉ BARROETA

POESÍA

Bebí sobre sus barras,
allí rasgué mis iniciales: J. V.
Probé suerte en las maderas
del desprecio y salí ebrio,
y tropezando
con la misma piedra.

A Leo
A Jen

Crucé las estaciones
conservando el cántaro
y algo de aquella lluvia,
algunas cartas de amor escritas
en la adolescencia
que releo en las tardes
para darme esperanzas
pero sigo perdido en mi bosque,
en mis granos de trigo
y permanezco de pie junto a los ríos
que confluyen en la memoria
y sólo a veces con hojas de eucalipto
perfumo la tarde.

Supe que partir era necesario
como el agua.
y desvié los rieles que me conducían
a un signo zodiacal
lejos del elemento tierra
para fundar junto a la hoguera
una tribu que debía conocer los secretos
de la poesía.

Entonces peleé con el guerrero
que quiso cambiar el rumbo de los astros
y movido por el barro
conocí los rezos del agua,
los tugurios del vicio
y aunque son extrañas las mariposas
ten presente, siempre beberé como místico
bajo los días grises, recordándote,
pues mi venganza es a base de olores
en este mar solo y desamparado
me guío por la estrella mayor
aunque son altas las olas
no me siento perdido, insisto,
me guío por la estrella mayor,
la más vieja, la que conduce al Hades
y a los extraviados
pues las huellas del vagabundo sobre la arena
no se han borrado y los astros
aún me permiten dormir al aire libre.

Era necesaria una posada para la poesía,
pues suyas son las rocas que he tropezado

pero insisto
me gustaría beber contigo
en los bares de otoño
y viajar sobre unas aguas
que nos conduzcan a la noche
de donde quizás nunca regresemos.

Fue en noviembre bajo la lluvia
respaldado por la noche
bajé a los tugurios que conducen al desamparo
y ausculté escombros
de la bestia que iba conmigo,
dejé el testimonio afuera, en los caminos
cuando descubrí frutales
sembrados en mi tierra,
lo preciso de su semilla,
las veces que mudé de piel bajo la roca
bajo la luz de los navíos
quise huir a un refugio ardiente
y dije pan como debilidad del alma,
sueño, encanto de serpientes
y pagué mi presencia en la tierra
diciendo
“estoy condenado a los infiernos”

y giré hacia atrás
vi mi sombra esa tarde
te sentí perdida
y recordé el misterio del poema,
la vida, piedras disueltas en el agua
al final de la raíz
guardando los rencores del amor,
las pocilgas esperando la palabra
y los desprecios
junto al licor sublime de los ríos
y cabalgando los trenes
vi mis arenales sembrados
de orquídeas en mi memoria

y pensé que hoy llovería sin destino
bajo mi cuerpo
y de todo lo vivido mi recuerdo te espía
en esta hora cuando pienso
en la dama que acompaña al poeta
quien lleva esperanzas,
a veces desesperanza,
un arduo estar sobre la colina,
estuario donde se encuentran
palabras olvidadas en el libro
y aún recuerdo cuando escribí
“ella será delgada y saldrá
a ver el frío en las noches de luna”.

AUTORRETRATO

La noche cubre parte de los árboles
perdidos en mis ojos.
Nadie toca sus ramas, las entrañas
de los bosques arrasados que llevo.
Algunas aves negras lamen la savia,
logran abrir,
infestar mi cuerpo.
Ellas duermen al fondo del sueño
donde bebo de la luna sus aguas,
la expulsada del río,
entonces toco las piedras que ruedan
por mi cuerpo, en estrépito,
destrozando la corteza, mi hierba,
la broza que llevaré por el río
en la noche, cuando me trasladen
a las aguas de los condenados.

EL POETA

I

Solo
en la noche
sobre el asfalto,

apenas un muro,
sus palabras,
el vino
y los mendrugos
de pan

bajo sus luces.

II

Levitan ante mujeres
que duermen en los espejos,

llevan la tierra
que nos cubre el desamparo,

dioses sonámbulos,

yo los acompaño y bebo con ellos,
los poetas,

gente de mala calaña.

Ganamos cuando tocamos la rama,
la copa demente del poeta,
el pétalo de la tierra
que trajo la crecida,
lo surcado por los caídos
al pie del bosque, los cuerpos,
el unguento, la espada
de los guerreros, sus lámparas,
esculturas hechas de un barro duro
de tierra colorada, parecida
a las piedras labradas por mí,
espuma ácida en el pantano
donde los mercaderes
se creen dueños del arroyo.

También ganamos
con malicia y sin oro
al dar las cartas
y hubo tiempo
para abrigarnos,

amar,

fustigar
con la canción.

En el linaje perduró
la música y la poesía.

Con los sueños
limpiamos la casa,

fueron vaciados los toneles,
los orfebres
construyeron el oro
y fue regado el vino
sobre los oráculos.

Había lugar para el viejo púgil
al mostrar la marca de los guijarros
y como aves nos agarramos del aire,
recordamos la casa,
probamos el licor amargo
y pensamos en la lluvia,
el olor a tierra.
En su ruido buscamos
la rama cargada de rocío,
la brisa, lo sonoro del ónix,
su buena nueva para los elementos
tierra y el signo de Capricornio.

Míos fueron aquellos predios,
las aves que habitaron bajo su luz,
el río donde apostamos telas, especias
y mujeres.

Mío fue el rostro y el tesoro
de los despreciados al caer la tarde,
el escalofrío en las noches,
cierta locura producida por el aroma
de los licores y los juegos de azar,
la llave de los tahúres,
el llanto y la canción de Tebas,
el vino derramado en sus bacanales.
Mío fue el linaje de los tramposos
y los poetas que amanecieron ebrios
y amados por las putas de la ciudad.

Fue adverso el espanto
y vimos caer a los débiles
hilando un alba con ramas quebradas
bajo las estrellas
y en la ebriedad perdimos
las monedas.
Algunos olores nos convirtieron
en soldados aunque nos rasgaron
sus alambres.

A Julián Márquez

Fuimos extraños
a las voces de los sobrios.
Hundimos nuestras manos
en una tierra sin fondo
y construimos odres
con el barro que sobró
para llenar la vida.
Dimos fuerza a las aguas,
al viento para construir remolinos
al cerrar nuestras manos.
En la ciudad trepamos
sobre grandes peñascos
mirando al vacío
y arrasamos amando las noches
junto a copas de vino,
con los amigos que se tambaleaban
al marcharse.
Constancia dejamos en los caminos
trasegados por el humo

El conjuro de las abejas
nos dio la miel
sin saber dónde caería la piedra.

No había brebajes para el sueño
de los nuevos poseídos
y lamentamos las hojas quemadas,
las causas perdidas
al dejar de escarbar sobre muros,
lo rechazado sin saber
que estábamos recordando una flor.

Ahora, sin riquezas para edificar un reino
y sin poder salir por las puertas
de la gloria,
desprendido de la abeja reina
y su canción de miel

vemos el cansancio
y su copa vacía sobre la mesa,
huertos borrosos,
palabras destruidas por las academias,
poetas vencidos,
pegados a la telaraña del espanto
y sólo nos quedó
la alegría de algunos vicios labrados
en las entrañas de la ciudad.

Erramos en la profecía.
El pan multiplicó la locura
y un llanto honró la palabra.
Asumimos el trono de los alucinados
llevando la canción
y fuimos al exilio cautivados
por las estaciones de lluvia.
Utilizamos el cobre y el carbón
para el ritual, algo de alcohol,
imanes y nostalgias
atraídos por el viento.
Faltaron las sombras
de quienes se marcharon.
Sólo se oyeron bajo el sol
los ruidos del iniciado.

A Isaac Morales F.

Luego de mojar las manos
en el barro
se marcharon.

Algunos bostezaron al amanecer,
después del rito, la niebla
y los espejismos.
Se sembraron alelíos y eucaliptos
y sus frutos rodaron calle abajo
hasta el día de la despedida.

Descansamos a mitad del camino,
ebrios, probamos el agua aún salada
tocamos algunas puertas
y seguimos.
Fueron contados los golpes al alba
por quienes tejieron las redes
y hablaron muy poco de su infancia,
quienes cantaban
se fueron con los pájaros.

Sin dote ni abolengo
indagamos los caminos cerrados.
Consultamos los arcanos
y de su predicción obtuvimos cenizas,
espuma a lo largo de la vereda,
argamasas destruidas de muchas ciudades,
efluvios de algunos arenales
sobre nuestros cuerpos, ramajes secretos,
palabras como andrajos de quienes anduvieron
en las tinieblas, pájaros aferrados
a galeras abismales en los cuencos
de los iniciados, jirones y ruinas
en la piel de quienes durmieron
bajo los túneles, en el olvido,
peregrinos amontonados en vagones
queriendo saltar la verja que habían
construido en su imaginación,
poetas encantadores que sobrevivieron
fuera del circo, bajo el fuego lento
del desprecio y decidimos no tener nada
y nos obligamos a soñar,
abrir las puertas al vagabundo
que se aferraba a nosotros
y caminar por las calles de mi país
y vivir y beber y amar.

GREDA

(1982)

*A los amigos:
Ramón Querales
William Osuna
Freddy Salvador Hernández
Armando Rojas Guardia
Alejandro García Malpica
Juan Carlos Carmona
y
Asdrúbal Villegas,
poetas de la vida.*

*Siempre seré fiel a la noche
y al fuego de todas sus estrellas
pero miradas desde aquí.*

EUGENIO MONTEJO

Observo los pies bajo la mesa
y un licor corre despertándome los huesos.

Entonces sé del equipaje que va sobre mi hombro,
del adormecimiento, de esa desnudez,
de mi máscara, de las piedras
que me abren el cuerpo
y duermen en bosques de otoño.

Así construyo las puertas de mis semejantes,
las hojas donde van quedando sus huellas.

Soy de afuera,
el que ha oído el silencio
de una voz salvaje,
el que no esconde el vuelo de los sentidos,
el que vive del sabor eterno,
el que habla con ojos extraviados.

Una copa sobre la mesa
y cae aquel licor.
Es una abertura de párpados,
lejos del sueño,
en el silencio del sonido
al sentir el contacto.

Una mano única posa a su contorno
la eleva a la resurrección de la vida.

Es la tumba amada,
lejos del origen que fuimos.
Es aquel paisaje que penetra en la ceniza.
Entonces somos el mundo
que perdió contacto con la tierra.

Es el fuego sobre la mesa
y él me habla en el interior del cuerpo.

Otra voz será posible en
la sombra de los siglos
como un pueblo más
sólo se busca la armonía.

La vida no expulsada del hábito
penetra, nos lleva a casas lejanas
donde fuimos fieles a los dioses.

Enciendo lámparas con manos extrañas,
las imágenes me arrinconan a la ausencia.
Me mudo a la sombra
y tropiezo con alguien que es mi figura.

Seré el devaneo de la palabra.
Seré el pozo del tiempo.
Seré la tiniebla.

Otra voz me hace construir el silencio.

En el fondo sólo queda un poco
y no podemos sino recordar el polvo y los fantasmas.

Atisbo la vida en los astros rituales.
Los átomos deambulan sobre una ciudad de piel.
El paisaje es la tierra que somos.

Aguardo el devenir de las hormigas
que viajarán al verano junto a mí.
Aguardo el universo desmoronado a bordo
de la alucinación que llevo.

Alguien mira la copa vacía
y la confunde con mi voz.
No obtengo la dirección de mi cuerpo.
Me arrincono a la tierra,

En un lugar donde llega el olor de mis parajes.

Bebo ahora mi adormecimiento.
Algo me consume los huesos.
No estoy perdido,
camino solo, sin dioses.

Hemos elegido la obnubilación,
las voces profundas,
la sangre que corre por los espejos
en el país de los ausentes,
las aldeas donde están los soles buscados,
las ciudades donde se ahogan las sirenas.

Llego extasiado a las aguas
donde se arrastran los hombres.
Me circundan pedazos de madera.
Un río corre a mis espaldas
y delante mis bajíos apenas están comenzando.

Voy a bordo de mis cauces.

La vida recorre los órganos
y otros son el comienzo.
Entonces las horas.
Al fondo del agua pasan los navíos.
Así el humus penetra la noche
y los árboles son el sueño de la greda.
Nos visita en este lugar
donde se borra el viento
y parece el frío artificial.
Una piedra cruza su rostro entre nosotros.
El tiempo va pasando
y los peces nadan en la memoria,
en medio del polvo que llega
con los pájaros, recorriendo la claridad,
recorriendo a este huésped
que toca el cristal con sus labios.

Hemos tenido tiempo de nacer
en una tierra leve.
Pudimos estar hechos de agua
o de piedra
y no vernos en los espejos de la ciudad,
entre mercaderes,
pero hemos viajado de la piel a los huesos,
con el tacto puesto en los escombros,
con la voz vuelta palabra,
con la mirada puesta en la orgía
y el oído oyendo el silencio,

prófugos, entre diluvios.

Una ceniza emerge de la oscuridad.
El fuego exacto llega hasta los labios.
Entonces la mano tañe sus figuras silvestres.
Su origen, figuras de un campo,
eso es la memoria, mientras, los vasallos pasan
y las lluvias ciñen las ciudades.

Hago los juicios de los rostros.
Hago la guerra entre las sombras
y esta figura que no ha perdido
habita en los celajes, en la vida.

Él se torna isla.
Resguarda los inviernos,
gira hacia la noche, donde renace,
donde es agua y sol.
Gira hacia esa noche que cruza las paredes del cielo.

Él no ha perdido aún,
él ha decidido otro viaje.

Ser el esclavo que sale de tinieblas
cuando todos obedecen la orden.
Ser el recuerdo de figuras nostálgicas
cuando aún no llega la luz a los rayos.
Transmutar los diluvios a este cuerpo.
Guerrear en campos donde hay hombres vencidos.
Descifrar el pensamiento del otro,
el que no ha llegado.
Cubrir los dédalos con la figura.
Semejar los metales, a la soledad, a la muerte.
Cubrir los astros con la mano,
arrojarlos a la llama.
Llenar la boca del sabor amargo o dulce
en la selva donde se es encontrado.
Tener dioses en la mano, sacarlos al mundo
para llevarlos al bosque
como un proceso solitario,
sería el deseo.

El fuego permanece.
A pocos centímetros de la vida.
Despiertas un instante y todavía sueñas.
Te oyes como el viejo paisaje cruzando el vértigo,
el musgo de los ríos.
Divisas entonces el curso de los cantos
y tu sangre arde en la palabra,
en el color de las cosas, en el mundo.

La distancia se empequeñece.
El espacio que debes abarcar en la tierra se expande:
son ciudades, costas, montañas y ese lugar,
donde todo se reduce,
donde la figura que anhelas es un silencio,
cuando estás lejos de ellos, cerca de ti.

Levantas la hoguera
y absorbes el único licor del universo.
Te ves entre hormigas,
entre pájaros que se elevan a la deriva,
más allá de la claridad del sol
y te conviertes en solitario
que deshecha perfumes
cosméticos dejados en el tapiz.
Miras los dioses y no te alejas.
Continúas en la palabra,
en la mirada de la vida,
llevándote de la mano hacia tierras indescifrables.
Así te entregas a las horas,
observas la ciudad a través del cristal.
Ves que la fuente permanece donde la dejaste,
entre olivos.

Qué importa tu voz ahora
cuando has perdido el equilibrio del bosque.

Quizás cuando despiertes no se haya
derramado tu copa, mientras, observa
las hojas salvajes que crecen en tu memoria,
lo dejado en esa página blanca
antes de tu partida.
Fíjate que no te despediste.
Que hablabas solo en las tardes sin sol
y tu voz era oída entre arenas y piedras.
Observas que estás en lugar de los vivos,
los que susurran toses entre muros,
palabras impronunciables,
los que no poseen los boscajes del tiempo.
Tú, enmudecido bajo alas dispersas apareces
fundido en colores, sientes la tierra
tocándote el cuerpo
y ves que el signo de los sueños
deja sobre el lienzo tu secreto dominio.

Estás habitando lugares que no te dejan regresar.
Debes quedarte en tus ojos,
en el limo que las aves anhelan
y aclimatarte en tu isla.
Has ganado las tierras gélidas
y como dragón forastero te adviertes en la ceniza.
Oyes el ruido en las fauces de la vida,
te acercas a la arena, entonces
te conviertes en la desnudez del paisaje,
en la desnudez del hombre
y sueñas solo allí, en la mesa de donde no partes
porque has perdido la inocencia.

Dejas el frío de tus huesos a los aires artificiales.
Hablas al espacio como huésped de bosque.
Frente al sol dejas la greda de la vida.
Te confundes con las piedras donde el silencio
del fuego se dirige para alcanzar tus manos.

Tienes el lugar donde confluyen los ríos,
donde se aposentan los huesos.
Ésa, la isla donde se regocijan tus gestos,
donde los sonidos de tus manos pueblan la noche,
y ungido en el instante
pierdes pedazos de vida.

Vuelves al agua,
a esa lejanía donde te ausentas
para dejar la sangre en la arena, en la huella,
en el epitafio que nadie sospecha.

Permaneces en la especie
y ves la ciudad, indagas la palabra exacta
para descifrar su secreto
pero esa voz que llevas delata
la luz que transita tu universo.

Quizás llegas más allá de tu puerto.
Ves la memoria de Dios en tus manos.
Desnudos, tus ojos se elevan sobre las ciudades,
arrastrándote del despojo al vacío,
del aire al verdor de los árboles,
entonces el sueño te llega desde la vida,
conversas sobre un pasado reciente.
Así vienen montañas y cubren tu cuerpo
para hacerte menos solitario.

Habitas el lugar de los rostros sin historia.
Oyes voces allí, donde perdiste tu sombra,
tu sencilla sombra que paseabas por espacios de vida.
Ahora andas a tientas
entre el ruido de las piedras.

La ciudad olvida una palabra,
la que pronunciaste el día del retorno,
antes de perderte en la calle
detrás de los mortales.

Sea otra la vida que te llegue,
el eco que te asuma.
Sea otro el exilio de tu isla.
Que alguien quede en el postigo
vigilando tu cuerpo.
Que el frío custodie tu mirada apenas
al salir del párpado.
Que la custodie ahora que no crees
en la duda como incertidumbre.
Ahora que anhelas el asombro
de los rostros en la ciudad.

Te quedas en la vida por todo lo dicho
cuando tu sueño se incendió
para que una gota llegara
despacio por el tiempo.

Debes hablar de otra cólera
al caer el día en el lugar
donde se cruzan las estaciones.
Debes señalar la grieta,

ésa, por donde se cuele tu dominio.

Hacia dónde te conduce la niebla
que posa sobre tu mano,
hacia qué vida.

Sabemos, será hacia el pájaro del exilio,
que no logras alcanzar, al fondo,
al tallo que penetra tus cuerpos,
a la raíz, a la tiranía de tus sueños,
a la ciudad que vas dejando en la piedra,
que se va alejando de tus voces,
a la claridad, al humo que se cuele,
y deja historias detrás de los huertos.

Ya vemos tus ojos en los umbrales,
en los horizontes de Dios, donde tu figura
aumenta y disminuye bajo luces terribles.

Tu palabra no abdica en las avenidas,
va contando tus pasos,
ofreciendo tus manos, tus hogueras,
al más intenso silencio.

En tu imagen de tierra te conduces
de página en página, vagamente
revoloteando a través de las edades:
fueron árboles quienes te vieron nacer
piedras quienes tocaron tu cuerpo.
Ahora caminas por ciudades que se han perdido,
entre rostros perdidos, entre noches incendiadas,
por túneles, entre paredes insostenibles.

Quedas en la tierra y pones tus manos
al mundo, observando el empedrado
te filtras entre vidrios y espejos
entre asfaltos y humus.

Te lamentas del polvo que no llevas en el cuerpo
del río que se perdió en tus ojos.

Eres el destierro que se desplaza
con el cuerpo desnudo mostrando sus manos
a un silencio de insomnio.

En la noche, cuando todo se ha confundido
sólo oyes latidos del asfalto.
Observas puentes, hoteles, catedrales que flotan
en su geometría, los andamios desprendidos
observas la jauría en tu memoria,
que avanza aguzando la sombra.

Te llenas de voces
y con tu paso lento, llegas a donde
te esperan los dioses.
Allí hablas a tu estatua y ves que has perdido
las manos en estos retablos,
en estos paredones.

Si te hubieras marchado antes
habrías dejado tu espacio a la ciudad.
Nadie ocuparía tu lugar en la mesa,
sólo algunas noches te extrañaríamos.
Nos debes llevarte todo a esa tierra,
acuérdate que aún te quedan viajes
a los que debes llevar tu cuerpo
donde te reunirás con las fuentes
que estrecharon tu aliento bajo el sol.

Te alejas en tu paso,
entre la niebla que cayó en tu cuerpo
bajo el claror de los celajes.
Bocanadas de humo errante salen de tu boca.
Se entristecen los vidrios, los cristales.
El café queda atrás, al final de la calle
donde recién comienza la venta de periódicos.
Te atas al follaje que viene de los árboles.
La poesía se reconoce entre los techos,
entre edificios que crecen paralelos.
te cubres los huesos que llegaron de la infancia.
Así los hombres cruzan la intemperie.
Recuerdas que has dejado la copa en el mismo lugar,
hojeas el diario que mueve el viento
y sientes que las calles atormentan.
Acumulas la furia de tantas noches solitarias,
de los muros que oscurecen en los ataúdes.

La ciudad despierta al ruido de los autos
y amaneces mezclado entre las albas,
lleno de fábulas.

Índice

LOS DÍAS PERDIDOS (2004)	9
LIBRO DE VIDA (1993)	71
EL CORAZÓN ESTÁ SECO (1993)	119
EL CANTO EBRIO (2003)	143
PAPELES DE OCIO (1986)	227
RUIDOS DEL INICIADO (2009)	279
GREDA (1982)	341

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Papeles de ocio
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Republica Bolivariana de Venezuela,
eJunio de 2023





